

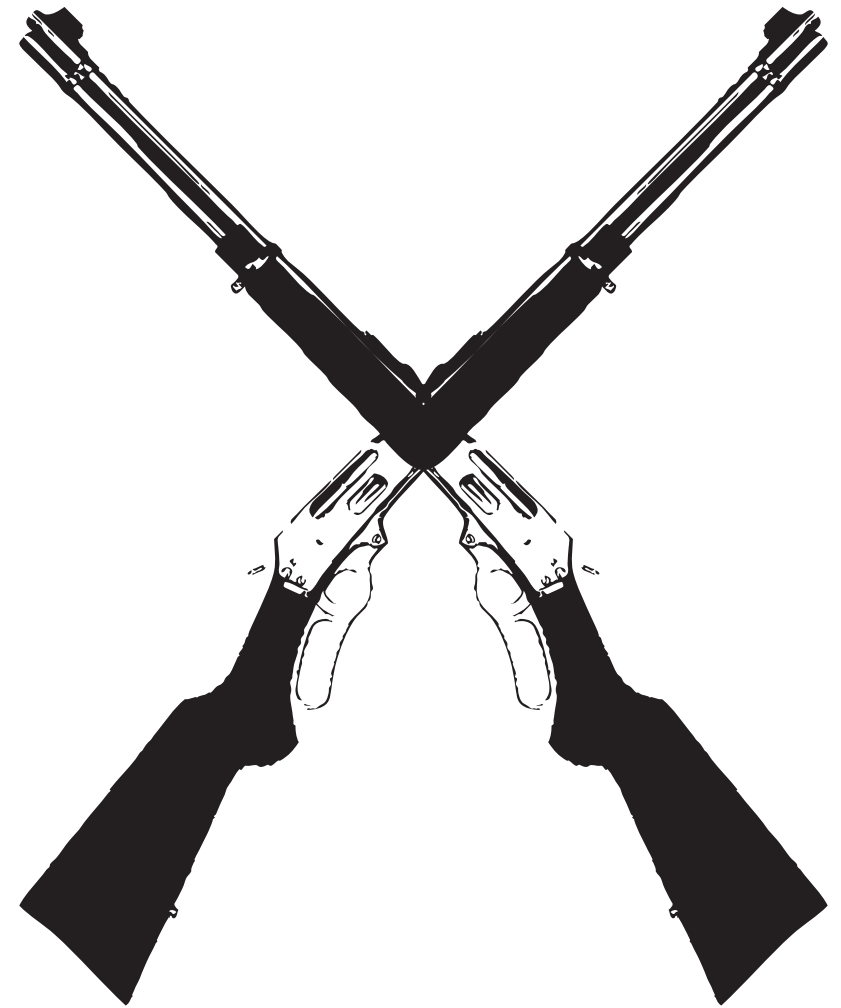
“Nuestro silencio sólo puede ser conseguido con la muerte; pero aun así, la pluma rebelde que empuñamos seguirá implacable mercenando el manto del César para enseñar a la espada el camino de su podrido corazón; el espíritu inmortal de la revolución, identificado en ella, encontrará cien manos dispuestas a sucedernos en la brega. Bien pueden los tiranos eliminarnos como a nuestros camaradas; no adelantarán con ello una sola pulgada: lograrán tan sólo hacer más grande la hoguera de la rebelión, alcanzarán más presto el último collar: el del dogal.

Nuestro batallar es épico; tenemos por armas nuestras cadenas, que romperemos en la frente de los déspotas; no nos cubriremos los pechos: desnudos como están los ofreceremos al golpe de los esbirros. Hemos planteado el dilema en esta forma: la vida o la muerte; la vida para nosotros es el triunfo, la muerte es la sola fuerza que nos puede cortar al paso.”

artículos de combate

| SELECCION |

práxedes gilberto guerrero



ediciones Anarquistas
DESDE LA DESTRUCCION DEL DOMINIO
HACIA LA LIBERTAD ABSOLUTA

COLECCIÓN **HISTÓRICOS**

siguiente, Rangel es arrestado con Tomas Sarabia. Son sentenciados a dos años de cárcel por haber violado las leyes de neutralidad. Práxedis llega al sur de Texas, en donde trabaja en unos aserraderos con el fin de publicar un periódico, ya que Revolución había dejado de aparecer. Logra ese fin publicando el 8 de agosto el periódico Punto Rojo, el cual llegó a tener un tiraje de 10,000 ejemplares semanales.

Algunos meses después de la aparición de Punto Rojo, teniendo que huir de las persecuciones, encarga la impresión del periódico en El Paso, a William Lowe, Clemente García y Antonio Velarde.

Recorre distintos lugares de la costa de Texas hasta llegar a...

1910.

... Houston a principios de año.

En mayo huye de Houston y se refugia en Bridgeport, Texas. Allí trabaja en unas minas de carbón. Colabora en Evolución social, semanario liberal editado en Tohay.

A mediados de abril, la dictadura ofrece una recompensa de 10,000 dólares por su captura.

A finales de mayo, Punto Rojo es suprimido al descubrir la policía el lugar en donde se imprime.

A fines de junio, abandona Bridgeport por nuevas persecuciones.

Llega a Derby, luego a San Antonio, en donde trabaja en los talleres del ferrocarril.

En aquella época germina en él la idea de organizar la Liga Panamericana del Trabajo o Liga Internacional del Trabajo.

El 3 de agosto Ricardo Flores Magán, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera salen de la cárcel.

Al ser perseguido en el Estado de Texas a fines de agosto, Práxedis abandona San Antonio y se dirige a Los Angeles, Cal., reuniéndose con Ricardo, Antonio y Librado.

El 3 de septiembre Regeneración reaparece. Práxedis publica en él artículos de suma importancia.

A finales de noviembre, Práxedis abandona Los Angeles, Cal. y se dirige a El Paso en donde organiza un grupo de 22 rebeldes, entre los cuales se encuentra Lazaro Gutiérrez de Lara.

El 19 de diciembre llegan por la noche al Estado de Chihuahua.

El plan ideado por Práxedis era capturar Ascensión, San Pedro, Janos, Corralitos, Casas Grandes, Terrazas, San Diego, San Buenaventura, San Lorenzo, y otras ciudades más para luego marchar sobre la ciudad de Chihuahua. Entran a Sapeyó, estación ferroviaria del noroeste de la República, a 39 kms. al sur de Ciudad Juárez.

El 23 de diciembre, expropiaron un tren. Con él llegan a la estación Guzmán, donde pasan la noche.

El 24, en la madrugada, se marchan a El Sabinal para recoger a 25 rebeldes que estaban esparándolos. Ahí

se quedan todo el día discutiendo el plan de ataque a Casas Grandes.

El 25 regresan a Ciudad Guzmán, donde se dividen en dos grupos: uno de 32 rebeldes, dirigido por Práxedis y el otro de 9 rebeldes, dirigido por Prisciliano Silva. Este último se dirigió a la Laguna de Santa María.

El 27, el grupo de Práxedis marcha en dirección a Casas Grandes para tomarla, pero deciden abandonar este proyecto ya que esta ciudad tiene una guarnición de más de 450 hombres.

El 29 llegan a Janos. En la noche empieza el combate. Después de dos horas de lucha, el grupo revolucionario sale victorioso, haciendo prisioneros al presidente municipal y al teniente de rurales. Pero poco tiempo después llegan refuerzos de Casas Grandes. Se inicia un nuevo combate en el que muere Práxedis y once revolucionarios más. No obstante, este combate acaba en la victoria del grupo revolucionario sobre las tropas federales, a pesar de la diferencia numérica existente entre los dos bandos.

1935.

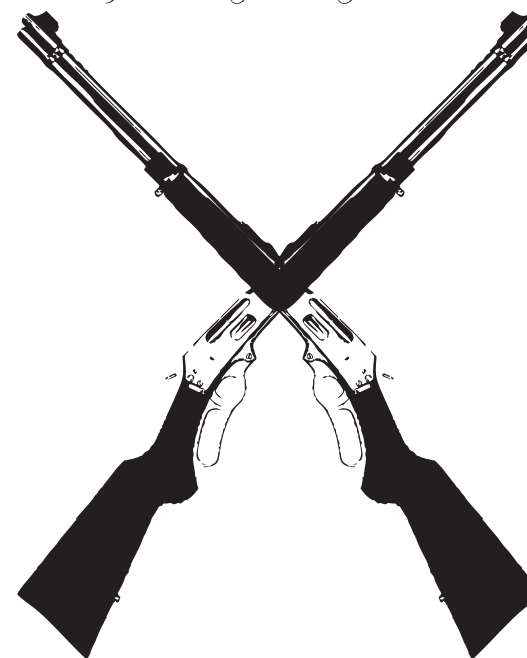
En noviembre, son transportados los supuestos restos de Práxedis a la capital de Chihuahua, con una pomposa ceremonia. Fue decretado Benemérito del Estado de Chihuahua... a pesar suyo.

EDICIONES ANARQUIA, FEBRERO 2009.

artículos de combate

| SELECCION |

práxedis gilberto guerrero



Edición original: *Ediciones Antorcha*

Rivera son arrestados en Los Angeles, Cal., por lo que Gutiérrez de Lara se encarga de Revolución, pero sólo hasta el 27 de septiembre, ya que los agentes del servicio secreto lo arrestan y encarcelan. Inmediatamente después llega Práxedis a Los Angeles, Cal. y se hace cargo, junto con Manuel Sarabia, de Revolución que, durante esa época, por sus brillantes artículos, fue llamado el puente entre la vida autoritaria y la vida libertaria.

El 7 de octubre, procedente de Nueva York, llega Enrique Flores Magón a Los Angeles, Cal., encargándose de los trabajos secretos interrumpidos por el arresto de R. Flores Magón, A. I. Villarreal y L. Rivera, y colaborando también en Revolución.

El 9 de noviembre, Práxedis conoce en la cárcel de Los Angeles, CaL., a los tres detenidos.

A principios de diciembre es nombrado Segundo secretario de la Junta.

1908.

A principio de año, debido al arresto de Manuel Sarabia, deja de aparecer Revolución.

El 18 de abril, muere el padre de Práxedis.

A finales de abril, Práxedis y Enrique Flores Magón reanudan la edición de Revolución, gracias a la ayuda de Modesto Díaz.

A finales de mayo, Revolución queda definitivamente clausurado, ya que los agentes del servicio secreto, habiéndolo encontrado la dirección del taller en donde se imprimía, destruyeron prensas, muebles, etc., y encarcelaron a los tres impresores bajo el cargo de libelo criminal. Modesto Díaz muere en la cárcel, Práxedis y Enrique obtienen su libertad por la intervención de Arizmendez y Ulibarri.

(Notemos que, para mediados de ese año, la Junta había logrado establecer una ramificación de grupos revolucionarios en México, dividida en seis zonas con 64 centros armados, sin contar el Estado de Chihuahua, la región Lagunera, a los Yaquis y a los Tarahumaras).

Inmediatamente después de la clausura de Revolución, Práxedis marcha a El Paso, Texas, con Francisco Manrique, para ponerse en contacto con los grupos de la frontera, reunir dinero y toda clase de armamentos, transmitir instrucciones de la Junta a los contingentes que iban a levantarse en el Estado de Coahuila y para ponerse al frente de un grupo en una población de Chihuahua. Práxedis fija la fecha del levantamiento general de los grupos para la noche del 24 al 25 de junio, fecha que da a conocer por carta a Ricardo y a Enrique. Envía varios delegados a México, entre ellos a Francisco Manrique.

El 24 de junio, al ser descubierto este movimiento por la dictadura, son capturados en toda la República grandes cantidades de parque y armamento, cayendo prisioneros varios centenares de revolucionarios. Sin embargo, pudieron estallar levantamientos en

Viesca, Las Vacas (Coahuila) y Palomas (Chihuahua). En la noche del 24 al 25 estalla el levantamiento de Viesca, con éxito, ya que toman la población y proclaman el programa del Partido Liberal Mexicano, pero luego un fuerte destacamento de federales se abalanzó sobre el pueblo y los obligó a retirarse, capturando a muchos, posteriormente trasladados a San Juan de Ulúa.

Junto con Enrique, Práxedis organiza una nueva expedición por el norte de México.

El 29 de junio, salen de El Paso a Ciudad Juárez, en donde se reúnen con ocho compañeros entre los cuales está Francisco Manrique.

A la una de la mañana del día 30 llegan a Palomas, situada a 100 kms al oeste de Ciudad Juárez.

Se inicia el combate en el que Francisco Manrique muere, Práxedis y otros tres compañeros son heridos. Nueva derrota.

Práxedis y Enrique se retiran de Palomas dirigiéndose a Ciudad Guzmán, en donde se quedan varios días, marchándose luego a Ciudad Juárez y de ahí a El Paso con el fin de llegar a Alburquerque, Nuevo México, donde Práxedis pudo curar sus heridas.

Después se dirigen a San Francisco, en donde Enrique se queda trabajando como mecánico mientras Práxedis se marcha a Douglas, Arizona, encontrándose con Jesús María Rangel, a quien comunica que el próximo levantamiento armado deberá tener lugar el 15 de septiembre de 1908, fecha que la Junta aplaza hasta 1909 por considerar que faltan elementos suficientes. A consecuencia de esto, Rangel es encargado de ir a Oklahoma para recoger fondos, armamentos y municiones de los obreros mexicanos que trabajan en las minas.

Después de su estancia en Douglas, Práxedis se dirige a El Paso, Tex., para reorganizar a los grupos revolucionarios.

1909.

En enero Práxedis y Rangel se reúnen en El Paso.

A principios de año, la Junta decide que Práxedis, como delegado, haga un recorrido por los Estados del centro y del sur de la República con el fin de lograr que los grupos liberales entrasen a luchar en el mismo año conjuntamente con los que se preparaban en Texas. Este recorrido lo realiza en la última semana de febrero.

De regreso a los Estados Unidos hace gestiones para obtener el apoyo del Partido Socialista, efectuando una gira por los Estados de Kansas, Illinois y Missouri. Entre algunos líderes socialistas obtiene el apoyo de Haldeman Julius y Eugenio Debs.

Al terminar esa gira, se dirige a San Antonio reuniéndose con Andrea Villarreal (hermana de Antonio) y con Jesús María Rangel, que le informa acerca de los grupos organizados en Texas, quienes sólo están esperando instrucciones para entrar en la lucha. El día

CRONOLOGÍA

1882.

El 28 de agosto, en el seno de una familia acomodada, nace, en Los Altos de Ibarra, cerca de León, Guanajuato, José Práxedis Gilberto, sexto hijo de José de la Luz Guerrero y de Fructuosa Hurtado.

1889.

Ingresa a la escuela del señor Jesús Lira, en León, en la que conoce a Francisco Manrique.

1894.

Termina su instrucción primaria en la escuela de Francisco Hernández, en León.

1896-1898.

Lleva a cabo los estudios secundarios en el internado del profesor Pedro Hernández, uno de los principales colegios de León.

1899.

Envía a los periódicos El Heraldo del Comercio, de León, y a El Despertador, de San Felipe, sus primeros artículos sobre cuestiones de interés general.

1900.

Al principiar el año se marcha con uno de sus hermanos a San Luis Potosí, donde se quedan varios meses trabajando como obreros en la Cervecería de San Luis y luego en la Fundación de Morales. Regresa a la hacienda familiar y, dos meses después, va a León para atender los asuntos mercantiles de su familia. Ahí trabaja también como agente de seguros de La Mexicana.

1901.

Realiza una serie de viajes comerciales -la mayoría de las veces a Puebla, México y Laredo- llevando carros de ferrocarril con loza fabricada en la hacienda familiar. En mayo solicita ser corresponsal del Diario del hogar. Cargo que le fue concedido en julio por Filomeno Mata, director de ese periódico. Después de solicitar su ingreso a la Segunda reserva del ejército -organizada por el aquel entonces ministro de la guerra, Bernardo Reyes- es nombrado en noviembre subteniente de Caballería.

1903.

Empieza a leer los periódicos de oposición (El Demófilo, de San Luis Potosí, El hijo del ahuízote, de México, etc.) así como a varios autores anarquistas (Bakunin, Kropotkin, etc.). En abril, a raíz de los sucesos del día 2 en Monterrey renuncia a su cargo en la reserva.

1904.

No podemos precisar la fecha exacta de su regreso a Los Altos de Ibarra, que pudo ocurrir entre 1901 y 1904; sin embargo sabemos que en este año se encuentra en la hacienda familiar dirigiendo las faenas

agrícolas, trabajo que ejerce hasta septiembre, ya que el 22 sale de Los Altos de Ibarra para León con Francisco Manrique y Manuel Vázquez, encaminándose luego a los Estados Unidos.

El 25 de septiembre llega a El Paso para después ir hacia el Estado de Colorado en donde, a principios de octubre, empieza, junto con Francisco Manrique, a trabajar en The Colorado Supply Co., una compañía minera de Denver.

1905.

A principios de año, cesan su labor en Denver y emprenden un viaje rumbo a San Francisco, Cal. Pero por falta de dinero se ven obligados a detenerse en El Dorado, en donde encuentran trabajo como leñadores, logrando de esta manera reunir los fondos necesarios para llegar a su destino.

A mediados de febrero arriban a San Francisco, siendo ahí donde publica Alba Roja, periódico por el cual, probablemente, los miembros de la futura Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano tuvieron conocimiento de la existencia de Práxedis.

Realizan el trabajo de estibadores en los muelles del puerto hasta fines de septiembre.

Recordemos que el 28 de septiembre se constituye la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano en St. Louis Mo., compuesta por Juan y Manuel Sarabia, Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera y Rosalío Bustamante.

Después se dirigen hacia Arizona para buscar empleo en las minas de carbón del pueblo. Al no encontrar trabajo parten a Morenci, en donde, en el transcurso del mes de octubre, consiguen laborar en los talleres de la fundición de Detroit Cooper Mining Co. En esa compañía Práxedis permanece cerca de dos años.

1906.

En mayo, Manuel Sarabia lo visita. Es el primer contacto que se establece entre Práxedis y la Junta, cuyo resultado fue la unión de Práxedis a ésta.

El 3 de junio constituye, junto con Francisco Manrique y Manuel Vázquez, una organización llamada Obreros Libres, entre los mexicanos que laboran en las minas de Morenci, con el objeto de propagar los principios de la Junta.

El 27 de junio, envía el acta constitutiva de la organización a la Junta así como una cantidad de dinero para los gastos de propaganda.

El 1° de julio, la Junta expide su Manifiesto.

1907.

En junio, se traslada a Douglas, donde trabaja en la compañía minera Cooper Queen. Se reúne con Manuel Sarabia. Colabora en el periódico Revolución, fundado el 1° de junio en Los Angeles, Cal., por A. I. Villarreal, L. Rivera y L. Gutiérrez de Lara.

El 29 de junio es nombrado Delegado especial de la Junta.

El 23 de agosto, R. Flores Magón, A. I. Villarreal y L.

INTRODUCCIÓN

El presente folleto es una selección de los escritos de Práxedis Gilberto Guerrero, de la edición del título con el mismo nombre, publicados por la editorial *Ediciones Antorcha* en 1977.

Nos motiva a la reedición no permitir que caigan en el olvido las ideas y acciones que anarquistas revolucionarios supieron llevar adelante hasta las últimas consecuencias, en pos de la emancipación social, de la libertad total.

Salvando diferencias, cambiando geografías y tiempos, es el mismo objetivo, la misma búsqueda de libertad la que ha motivado y motiva a los rebeldes a enfrentar hasta el final a todas las tiranías, del tipo que sean. Para combatir a estas últimas son infinitos los métodos: la experimentación y/o la historia han demostrado la eficacia de algunos y la inutilidad de otros. Nosotros remarcamos la vigencia de la resistencia y el ataque lúcidos, sin ilusiones y sin fetiches, esto es, la comprensión de que las formas de acción subversiva y emancipadora responden a muchos factores (contextos, medios, momentos, posibilidades, temperamentos, etc.) además de a las propias elecciones, entendimientos y perspectivas de lucha.

Sin erigir nuevos ídolos, más bien apuntando a derribar los que existen, presentamos las siguientes ideas reflexionadas entre trinchera y trinchera, materializadas en cada combate y cada acción.

LOS EDITORES

- Puede haber agua sin peces y pueblos sin tiranos, pero no puede haber peces sin agua ni tiranos sin pueblos.
- Cread un ídolo y os pondréis un yugo.
- Los trabajadores no tenemos necesidad de amistades piadosas que nos ofrezcan la salvación a cambio de una presidencia o una dictadura benignas y paternales; queremos compañeros que luchan con nosotros, conscientes de sus intereses.

Regeneración, N° 10 del 5 de noviembre de 1910. Los Angeles, California.

- Según El Imparcial, las fuentes de la miseria son la embriaguez, la intemperancia, la ausencia del ahorro, el mitin subversivo, los paros y el matrimonio prematuro. Nuestro aristócratas son borrachos, intemperantes, dilapidadores, amigos de juergas coloradas, huelguistas eternos y muy jóvenes tienen tres o cuatro mujeres en vez de una; beben abundantemente en las fuentes imparciales y sin embargo no viven en la miseria.
- El acaparamiento de las tierras por unos cuantos, el monopolio de los artículos necesarios para la vida, la tiranía, la ignorancia, la cobardía, la infame explotación del hombre por el hombre, las fuentes de la riqueza burguesa son las de la miseria proletaria.
- Hay militares de mala fortuna aunque sean generales; Melitón Hurtado es uno de ellos; la primera vez que pretendió lavarse los pies se los quemó, y cuando se dedicó al oficio de delator se puso en ridículo y perdió el aprecio del jefe y las propinas.
- El Embajador Wilson dijo que las demostraciones de protesta por el linchamiento de Rock Springs eran una desgracia para el pueblo de México, ¿Querría Wilson que se aplaudiera y se enviara un voto de gracias a los que quemaron vivo a Rodríguez?
- Cuarenta y cinco minutos estuvieron los manifestantes del día 10 en posesión de la planta baja del edificio de El Imparcial. Es mucho tiempo para medio quemar unos cuantos papeles. No se necesitaba tanto para tan poco.
- Hay gentes que son humanitarias en extremo cuando se trata de una revolución que beneficie al pueblo, pero que olvidan todo escrúpulo cuando se trata de una guerra que sirva a sus ambiciones.
- Todavía hay periodistas que se llaman honrados que no entienden o hacen por no entender el título de los artículos de Turner.
- La protesta contra la quema de un hombre vivo no pertenece a una nacionalidad, es de todo el género humano.
- La brutalidad de los castigos, si acaso los hay, no detendrá los brutales linchamientos; se necesita civilización verdadera, establecida con la educación racional.
- En Guadalajara, en México, en Chihuahua, en Piedras Negras y en otros lugares hubo manifestaciones anti-linchadoras; muy lógicas y naturales, pero que han sorprendido a muchos acostumbrados a ver al pueblo mexicano recibiendo sin protesta todas las humillaciones y las vergüenzas.
- Está de moda en los partidos personalistas llamarse partidos del porvenir, y, sin quererlo profetizan; tiene partido el porvenir, porque cada día son menos las que pasan las ruedas del molino.
- Tenemos hambre y sed de justicia, se oye por todas partes; pero ¿cuántos de esos hambrientos se atreven a tomar el pan y cuántos de esos sedientos se arriesgan a beber el agua que está en el camino de la revolución?
- Si os parece que andando no llegáis a la libertad, corred entonces. Si no podéis ser espada, sed relámpago.

Regeneración, N° 12 del 19 de noviembre de 1910. Los Angeles, California.

Paternal despotismo es ese que mata con la sencillísima ley fuga a niños de quince años.

- Los trabajadores de Lisboa no han tardado en desengañarse del beneficio negativo que traen para el pueblo las revoluciones puramente políticas y de la necedad de exponer la piel por echarse a cuestras un Teófilo Braga en lugar de un Manuel II. Los soldados del golpe de Estado, que no fue otra cosa el último movimiento portugués, desempeñan maravillosamente el papel de esquiroleros en las huelgas de los obreros, y en defensa de los nuevos mandarines emplean sus armas contra el pueblo, como antes las empleaban en defensa de los Braganza. Que aprendan algo del caso de Portugal los que se imaginan que poniendo en otras manos el azote que los fustiga conseguirán la libertad.

- Explosión de gas, debido quizá a un intencional descuido del dueño de Los Angeles Times, se ha probado que fue la causa de la destrucción de la planta de ese indecente libelo. La maliciosa teoría dinamitera de Harrison Gray Otis, para perseguir a los trabajadores unionistas y envolver en la trama a los enemigos de su amigo el tirano Díaz, se ha desvanecido en el ridículo, a pesar de los recursos inquisitoriales que se han empleado con pobres mujeres para forjar pruebas legales.

Bien deseará Otis que se repita la experiencia, porque como quiera, el negocio le ha dejado buenas ganancias, y al fin las víctimas son trabajadores.

- El Imparcial no puede ocultar los signos manifiestos del desquiciamiento que se acerca; en su edición del 27 de octubre noticia la fuga de un piquete de soldados del Batallón Zaragoza, en Puebla. Los soldados, que formaban la guardia, acompañados del cabo de la misma, se llevaron no sólo las armas que portaban sino también las espadas de un subteniente y del capitán de vigilancia.

Confíen en su ejército de forzados los tiranos de México; su confianza es tan legítima como su legítimo despotismo.

- Semilla fecunda es la semilla imparcial; buena para enriquecer a los cultivadores de desvergüenzas.

San Antonio, Texas, cuenta ya con un Reyes Spíndola, que ciertamente no escribe pero que alquila escritores mientras se dedica a defender los intereses de los mexicanos, vendiendo marihuana, y prohibiendo estupideces tan sucias como sus combinaciones de traficante.

Semilla imparcial; semilla fecunda; buena para enriquecer a los gusanos de la ignominia.

- El gobierno de Yucatán necesita diputados para su congreso de mulos. En la península ya no hay hombres que quieran entrar a esa cuadra.

- Imaginaos un tigre, un lobo, una fiera cualesquiera, rabiosa o hambrienta, atacando a vuestros compañeros y amenazando vuestra propia vida. Supongo en vosotros algunos sentimientos humanitarios, cierto valor y serenidad de ánimo y a vuestro alcance un arma. ¿Qué harías para evitar los daños de la fiera? ¿Escogerías la súplica, la prédica moralizadora, la amenaza con los juicios de la historia; argumentos incomprensibles para la bestia, o tomarías el arma que mata; argumento lógico, efectivo, para la violencia que ciegamente mata y devora?

- Una causa no triunfa por su bondad y su justicia; triunfa por el esfuerzo de sus adeptos.

- Detrás de la religión está la tiranía; detrás del ateísmo la libertad.

- Hay individuos que se habitúan a la vida de las cárceles ¿será cosa extraña, en esta sociedad de la desigualdad consagrada, ver esclavos encariñados con el látigo de sus amos?

- Un grupo de hombres tiene que levantar un peso que a todos interesa cambiar, pero la mayor parte abandonan la tarea; se marchan, riendo y murmurando de la poca fuerza de los que quedaron en su puesto con la sobrecarga de lo que tocaba a los otros levantar. La falta nuestra, la culpa ajena.

- Muchos hombres dicen que aman a una mujer cuando se desborda en ellos el sentimiento del propietario.

- Maldecid a los descontentos, vosotros los que amáis la estabilidad del hongo; el descontento es el nervio más poderoso del progreso.

¡PASO!

Del montón de nubes que arremolina el huracán entenebreciendo el cielo, sale la espada flamígera que esgrime invisible brazo y con zigs-zags deslumbradores escribe en la página rugiente de los negros vapores la palabra ¡PASO! Cuanto más densa es la sombra, más resplandece el brillo de esa espada.

Del turbión de odios que nos cercan; del negro seno de las tempestades que la tiranía desencadena en torno de nuestras frentes, sale la espada invulnerable de la Idea y escribe con los relámpagos del verbo, en las entrañas mismas de las tinieblas, cuartillas de honor al grito inextinguible: ¡PASO!

Caminamos sin desfallecer hacia la cima: hallamos obstáculos; las rocas no nos detienen; si encontramos abismos que nos cortan la marcha, echamos sobre ellos, como un puente, la palabra ¡PASO!, y pasamos. En medio de siniestra selva de puñales, apartando malezas; saltando del campo al taller, del calabozo a la tumba, del colegio al cuartel; flagelando al apretado ejército de traidores y espías, echamos pie adelante diciendo: ¡PASO!

Nuestro avance no se estaciona a contemplar las toscas paredes que oprimen a nuestros hermanos; el espíritu indomable de ellos ha quebrantado los cerrojos y cruzado los cuerpos de guardia; ha dicho desdeñosamente a los centinelas: ¡PASO! y ha seguido a nuestro lado la ruta del porvenir.

Hombres quiméricos, arrojados por criminal ocaso a la cumbre del poder, torpes, sonámbulos ¿que no sentís la gestación del fuego? La montaña os lanzará al abismo cuando explote rugiente: ¡PASO!

Del fondo del antiguo cofre que guarda las históricas y queridas reliquias, se ha sacado una: manos bellas y delicadas van a ceñirla al bizarro busto del guerrillero: la blusa roja, terror de los galones, dice a los pretorianos: ¡PASO!

El viejo sable de Ayutla y la Reforma salta impaciente en la enmohecida vaina... ¡PASO! a las armas heroicas de las luchas redentoras.

Llegamos con el corazón sereno a la puerta de la muerte gloriosa y llamamos con el puño del acero exclamando: ¡PASO!

Revolución, N° 14 del 14 de Septiembre de 1907.

¡OBREMOS, LUCHADORES!

Violentemos el paso, multipliquemos la acción. En tanto que la patria esté esclavizada no debemos tomar una hora de reposo. Mientras las cárceles priven del movimiento y de la luz a nuestros hermanos caídos es un crimen fijar a nuestros pies el grillete de la indolencia.

Avancemos; el camino está a nuestro frente esperándonos; los despojos de los guerreros sorprendidos por la infidencia, nos indican los peligros no para que los esquivemos sino para que venciéndonos, pasemos sobre ellos.

No podemos detenernos un momento porque el grito de nuestros camaradas, los héroes apasionados traicionados, nos llama al cumplimiento del deber.

No podemos dormir porque nuestra conciencia vela en la noche del infortunio para mostrarnos el cuerpo ensangrentado de la patria, abandonado al diente del chacal, al corvo pico del buitre, al feroz arrebato del sayón. Nuestros ojos, siempre abiertos, no pueden abstraerse a esa visión dantesca, enclavada en la sombra. Agrandemos la llama de nuestra tea soplando sobre ella a pleno pulmón hasta darle magnitudes de incendio, para desvanecer en rojos resplandores ese cuadro de horror.

Las heridas de la madre patria están envenenadas; tomemos la candente braza y apliquémosla a ellas, sin tardanza.

El fuego ahuyenta las bestias; agreguemos combustible a nuestra hoguera y su radio lumínico crecerá, y dominando a la oblicua pupila del felino, dilatará nuestro campo.

No malgastemos un minuto, no dilapidemos en el ocio ni un segundo; demos a nuestros nervios la rápida vibración de la onda eléctrica, para sacudir la atmósfera del quietismo infame que sofoca a nuestro suelo.

El látigo de la tiranía cae implacable sobre los mártires nuestros hermanos; su continuo chasquido es un oprobioso silbido que llega a nuestros oídos, que zumba provocativo y sangriento sobre nuestras cabezas, y hiere nuestras almas indomables, excitando la tempestad de nuestros odios.

¡Obremos luchadores!

Nuestro deber es combatir sin tregua.

No permitamos que aumente la lista de los sacrificados sin mermar el número de los sacrificadores.

Descarguemos el golpe de nuestros puños y desatemos la tormenta de nuestros cerebros.

Si no podemos dar pasos para alcanzar la libertad, demos saltos.

Derrochemos energías sin temor de quedar exangües; el patriotismo y la voluntad tienen causal inagotable de fuerzas poderosas.

Retrasarse en la marcha, quedar a espaldas de los que sucumben, sin apresuramos a vengarlos, permanecer mudos, tomar aliento en vez de empuñar la espada y asaltar la brecha arrollando al enemigo; es ser desertores de la gloriosa vanguardia.

Doblemos la fatiga, más tarde descansaremos cuando el cuerpo del viejo histrión de Tuxtepec, en la extremidad de una cuerda, sirva de plomada al arquitecto Porvenir, a levantar las paredes de la casa del pueblo.

Revolución, N° 21 del 9 de Noviembre de 1907

ESCUCHAD

¿Oís? ¡Es el viento que mece las frondas de misteriosa selva! El soplo del porvenir, que despierta a la quieta y somnolienta maleza; es el primer suspiro de la virgen floresta al recibir en su frente cabizbaja, el beso del impetuoso Eolo.

¿Oís? Es el viento que desgarrar un manto invisible, en las sinuosidades de la montaña dormida, el viento de la idea que quiebra sus ráfagas, en los ramajes del pueblo inmenso, bosques de almas; es la racha iniciadora que sacude a los robles, la descubierta del huracán, que barre en la hondonada y en la cumbre la niebla confusa de la estéril resignación.

Hálito tibio y fecundo atraviesa la selva; cada hoja que toca es una voz que nace, cada rama que mueve es un brazo que arma; voz que se une al concierto heroico que saluda al mañana redentor, brazo que se extiende buscando el pecho de un tirano.

Es el aliento de la Revolución.

¿Sentís? Es la trepidación del granito que se agrieta, batido por los férreos puños de Plutón; es el corazón del mundo que palpita bajo el enorme tórax; es el espíritu ígneo del gigante que rompe su cárcel para lanzar al espacio su verbo de llamas.

Es el temblor que anuncia la aurora de un cráter.

¿Sentís? Son las vibraciones de divinos martillos que golpean en el fondo del abismo. Es la vida que brota del negro vértice, haciendo estremecer el asilo de la muerte donde reinan tétricos vampiros.

Es el empuje de la Revolución que avanza.

Revolución, N° 2 del 9 de Noviembre de 1907.

PÚGIL

El rudo combate que hemos sostenido no ha debilitado nuestras fuerzas; las rebeldías de nuestras almas continúan lanzando el rayo acusador sobre las cabezas de los malvados. Nos hemos

Su juventud vigorosa, su audacia, su personalidad simpática y resuelta hirieron la mente atrabiliaria de los verdugos. Fusilarían a la revolución en el pecho de aquel joven tan valiente y altivo.

El frío de su cadáver apagaría la brasa que chispeaba.

Lugo afrontó sin inmutarse las consecuencias de sus acciones de libertario; se negó a delatar a sus compañeros y abofeteó con su verbo de libertad y justicia a los sicarios que le enviaron al patíbulo. La ejecución fue aplazándose, y Lugo vivió largos meses en la prisión, esperando diariamente la muerte con la tranquilidad del consciente; tratando con fraternal bondad al amigo que torpemente le entregó a los opresores. En sus labios no asomó nunca la recriminación o la queja.

Era inmenso aquel joven que espantó a sus jueces con la grandeza de su carácter.

Llegó al fin el momento que el despotismo creyó oportuno, y José Lugo fue conducido a un corral; quisieron ponerle una venda; la rechazó desdefiosamente; se colocó firme, sereno, sin alteración en el pulso frente a la escuadra de soldados, que pálidos descargaron sus armas en pecho heroico.

Luego, la plancha; la exhibición salvaje de un cadáver agujereado para causar terror en los ánimos. Una madre desolada. La tiranía más débil. La revolución en pie. ¡José Lugo inmortal! Una fecha que no olvidaremos: 3 de Agosto de 1908. La ardiente Siberia yucateca tuvo un hermoso sacudimiento de energías rebeldes; sus vibraciones llenan todavía la trágica aridez de sus estepas. La Izidra, cortada en pedazos, se reproduce en cada uno de ellos.

Tras de Valladolid se repiten los hechos que sacudieron a Viesca. Hinchimiento de cárceles, persecuciones absurdas, asesinatos inútiles, cobardes ensañamientos represivos.

Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos son llevados violentamente a un Consejo de Guerra: la justicia no fue allí el leguleyo artero y solapado, sino la bestia uniformada. Rápidamente, con la rapidez denunciadora del pánico oficial, se instruyó un sumario, y los tres rebeldes recibieron su sentencia de muerte, ya que no quisieron dedicar sus vidas a la sumisión y al servilismo. Su magnífica serenidad no se alteró al oír el fallo. Dos de ellos llamaron a las prometidas de sus amores para verificar sus bodas junto al cadalso; ¡mujeres fuertes, compañeras dignas de tales bravos! La vida palpité intensamente sobre el abismo que se abría.

Ramírez Bonilla, Kankum y Albertos rodaron por el suelo frente al cuadro fatídico, para levantarse como enseñanzas de fortaleza y rebeldía. Luego, el luto de las viudas. Los periódicos viles aplaudiendo o justificando a la justicia. La tiranía agonizante.

¡La revolución en marcha! Un nuevo error apresurando el desquiciamiento del mundo viejo.

¿Y el pueblo...?

¡Ah! Si Lugo, si Albertos, Ramírez Bonilla y Kankum no conmueven la conciencia de los mexicanos, yo negaré a ese pueblo hasta el desprecio de mi saliva!

Regeneración, N° 1 del 3 de septiembre de 1910. Los Angeles, California.

PUNTOS ROJOS

• Yucatán marcha; es inútil ya la presión de las tropas federales y de los esbirros del gobernador Muñoz Arístegui, para detener las manifestaciones del descontento. Al atravesar los parques públicos el cacique ha sido saludado por el pueblo y los estudiantes con silbidos y mueras, que no pudo reprimir ni castigar porque le falta fuerza y le sobra miedo frente a la revolución que se precipita.

Centenares de compañeros yucatecos se pudren en Ulúa, en Belén y en Santiago Tlaltelolco, pero Yucatán marcha a las reivindicaciones.

• La ley fuga está en diaria aplicación despoblando a Veracruz, sacrificando a muchachos como Ezequiel Padrón, que apenas vuelto de Yucatán, a donde le enviaron las autoridades por rivalidades amorosas, lo aprehendieron y fusilaron infamemente en El Paso de Santa Ana.

sacrificó su existencia, tan llena de borrascas intensas y enormes dolores que supo domeñar con su voluntad de diamante. Sus dos grandes amores fueron su buena y excelente madre y la libertad. Vivió en la miseria, padeciendo la explotación y las injusticias burguesas, porque no quiso ser burgués ni explotador. Cuando murió su padre, renunció a la herencia que le dejara. Pudiendo vivir en un puesto del gobierno, se volvió su enemigo y lo combatió desde la cumbre de su miseria voluntaria y altiva. Era un rebelde del tipo moral de Bakunin: la acción y el idealismo se amalgamaban armoniosamente en su cerebro. Dondequiera que la revolución necesitaba de su actividad, allá iba él, hubiera o no dinero, porque sabía abrirse camino a fuerza de astucia, de energía y de sacrificios.

Ese fue el Otilio Madrid, a quien llamaron el cabecilla de los bandidos de Palomas. Ese fue el hombre que vivió para la verdad y expiró envuelto en una mentira sublime y en cuyos labios pálidos palpitaron en el último minuto dos nombres: el de su madre querida y el mío, el de su hermano que todavía vive para hacer justicia a su memoria y continuar la lucha en que él derramó su sangre; que vive para apostrofar al pasivismo de un pueblo con la heroica y juvenil silueta, del sacrificado de Palomas...

¿Cuántos fueron los hombres del gobierno que perecieron en combate? La tiranía ha sabido ocultarlo.

La naturaleza se alió al despotismo.

El grupo fue vencido por esa terrible amazona del desierto: la sed; llama que abraza, serpiente que estrangula, ansia que enloquece; compañera voluptuosa de los inquietos y blandos médicos... Ni el sable, ni el fusil... La sed, con la mueca indescriptible de sus caricias; tostando los labios con sus besos; secando horriblemente la lengua con su aliento ardoroso; arañando furiosamente la garganta, detuvo aquellos átomos de rebeldía... Y, a los lejos, el miraje del lago cristalino riendo del sediento que se arrastraba empuñando una carabina, impotente para batir a la fiera amazona del desierto y mordiendo con rabia la hierba cenicienta sin sombra y sin jugo.

Regeneración, N° 4, del 24 de septiembre de 1910. Los Angeles, California.

LA MUERTE DE LOS HÉROES

Después del estremecimiento de Viesca, las prisiones recibieron abundante suplemento de huéspedes. Al lado del anciano y del hombre llegaba el adolescente a hundirse en la penumbra de los calabozos. Rebeldes y sospechosos se amontonaban confundidos en el infecto recinto de los presidios. Tras del espía y del soldado, se presentó el juez, con la consigna en el bolsillo. Los culpables comparecieron a responder de sus delitos ante la barra del despotismo. Desenvolvióse el proceso; un proceso como todos los que la ceguera, el miedo y la pasión constituyen. Se pronunció sentencia.

Lorenzo Robledo: veinte años de reclusión.

Lucio Chaires: quince años.

Juan B. Hernández: quince años.

Patricio Plendo: quince años.

Félix Hernández: quince años.

Gregorio Bedolla: quince años.

Leandro Rosales: quince años.

José Hernández: quince años.

Andrés Vallejo: quince años.

Juan Montelongo: tres años.

Julián Cardona: quince años.

Los once, a Ulúa; al viejo Ulúa de las tinajas inquisitoriales.

Para José Lugo, la pena de muerte.

sentido al borde de un abismo, el de los odios de los poderosos, y hemos echado pie adelante sin un temblor en el corazón porque sabemos que el vértice es una cima cuando lo aborda la verdad.

Muchos de nuestros compañeros han caído, y sobre nosotros está suspendida la amenaza, una jauría famélica nos cerca esperando el momento de hincarnos el colmillo; hoy, mañana, a cualquier hora, en cualquier sitio podemos sucumbir; pero mientras tanto nuestra pluma, barreta incansable y demoledora, sigue expugnando inexorable y tenaz las trincheras del crimen, abriendo el camino al porvenir vengador y justiciero, porque las venganzas del pueblo son las justicias de los derechos del hombre cuando éstos juzgan a los privilegios del amo.

Nuestro silencio sólo puede ser conseguido con la muerte; pero aun así, la pluma rebelde que empuñamos seguirá implacable mercenando el manto del César para enseñar a la espada el camino de su podrido corazón; el espíritu inmortal de la revolución, identificado en ella, encontrará cien manos dispuestas a sucedernos en la brega. Bien pueden los tiranos eliminarnos como a nuestros camaradas; no adelantarán con ello una sola pulgada: lograrán tan sólo hacer más grande la hoguera de la rebelión, alcanzarán más presto el último collar: el del dogal.

Nuestro batallar es épico; tenemos por armas nuestras cadenas, que romperemos en la frente de los déspotas; no nos cubriremos los pechos: desnudos como están los ofreceremos al golpe de los esbirros. Hemos planteado el dilema en esta forma: la vida o la muerte; la vida para nosotros es el triunfo, la muerte es la sola fuerza que nos puede cortar al paso.

Estamos de pie, no doblaremos la rodilla ante ningún poder. Damos frente al enemigo; no volveremos la espalda ante ningún peligro.

Revolución, N° 26 del 14 de Diciembre de 1907.

ODIOS VILES

Las olas del mar se encrespan para besar las furias de los protervos; burbujan para escupir lo que está por cima de sus bajezas.

La conciencia de los déspotas, sucia charca, remeda pobremente las turbulencias del océano. Las ondas amargas y profundas del líquido abismo abren inmensa tumba a los hombres y a las naves, sus endebles juguetes. El revuelto cieno de las almas viles de tiranos quiere convertir su seno en estrecho sepulcro para lo que es tan grande como el infinito, el pensamiento libre, el verbo rebelde, la verdad, la justicia, la libertad; pero lo mezquino, lo ruín, lo infame, no tendrá nunca magnitudes de vorágine.

El hervor del pantano no usurpará el vértigo del torbellino.

El miasma que emponzoña no será nunca la nube incubadora de centellas.

Díaz y sus hermanos de crímenes, aunque sientan cóleras de infierno, serán siempre charcas y sólo producirán burbujas.

Las víboras, aunque escalen las montañas, siempre se arrastran para llegar a quienes piensan morder.

Díaz y sus cómplices, en la cumbre de su poder omnímodo, no caminan más alto que los demás reptiles. Jamás como el águila, caerán de lo alto sobre el enemigo: siempre escondidos en espeso matorral, esperan un pie desnudo para morderle, espían el sueño de la víctima para enredársele al cuello. Odios viles fermentan en sus malvados pechos.

Odios viles nos combaten.

Estamos, no en el cubil del tigre, sino en el nidal del crótalo. Luchar con tigres sería hermoso. Machacar serpientes es repugnante.

El vaho de los pantanos ambiciona llegar a nuestros pulmones. Los anillos del oxímaco sueñan con nuestra garganta.

Los odios viles se deslizan en torno de nuestra puerta.

Revolución, N° 29 del 25 de Enero de 1908.

PASIVIDAD Y REBELDÍA

En los rincones húmedos de las viviendas miserables, se producen seres oscuros, viscosos, las más de las veces torpes, que empeñan también la lucha por la vida, explotando el medio que los produce, el lodazal infecto, mefítico y malsano, sin el cual su existencia no vendría a provocar la repugnancia de otros seres que se desarrollan en medios diferentes.

Posible es que la sabandija llegue a creerse, de buena fe, la protectora y salvadora del rincón negro y húmedo, y que intente esfuerzos para prevenir que el sol y la escoba entren a él revolucionando, transformando el medio con la destrucción del medio y sus productos. Cumple con ello el deber de la propia conservación, porque ¿a dónde iría ella, falta de miasmas, de sombra y podredumbre?

La resistencia del pasivismo se revuelve ahora contra el impulso progresista de la revolución. Los miriápodos y los arácnidos, los escorpiónidos y los necróforos, el mundo de sabandijas que vive de las miserias del pueblo, ensayan actitudes y reptaciones hábiles para esquivar y detener el golpe de la escoba y el rayo del sol.

Defienden su medio de convencionalismo y enervamiento, porque él garantiza su vitalidad en detrimento constante de la masa de los productores.

Los pasivos alzan el clamor llamándose apóstoles de la evolución y condenando todo lo que tiene algo de rebeldía; apelan al miedo, hacen llamamientos patéticos al patriotismo; acuden a la ignorancia y llegan a aconsejar al pueblo que se deje matar y ultrajar en los próximos comicios y vuelvan una y otra vez a ejercer pacíficamente el derecho de sufragio, a que una y otra vez lo burlen y lo asesinen los tiranos. Pero nada de salirse del fétido rincón, al cual se pretenden evolucionar agregando más y más inmundicias, más y más cobardías.

A una voltereta dentro de un centímetro cúbico de légamo, llaman ellos la evolución salvadora, la evolución pacífica necesaria; necesaria para ellos, que están en su elemento, en el medio que los crea y los nutre, pero no para los que buscamos el ambiente puro, claro y saludable que sólo la Revolución podrá hacer al destruir a los déspotas actuales y también, muy esencialmente, las condiciones económico sociales que los han producido y que harían brotar otros nuevos si tuviéramos la insensatez de acabar únicamente los efectos para dejar subsistir las causas, si evolucionáramos como ellos, los pasivos, dando un tumbo en su centímetro cúbico de légamo.

La evolución verdadera que mejore la vida de los mexicanos, no la de sus parásitos, vendrá con la revolución: ésta y aquella se completan y la primera no pueda coexistir con los anacronismos y subterfugios que despiertan hoy los redentores del pasivismo.

Para evolucionar es preciso ser libre y no podemos tener libertad si no somos rebeldes, porque nunca tirano alguno ha respetado a los pueblos pasivos; jamás un rebaño de carneros se ha impuesto con la majestad de su número inofensivo, al lobo que bonitamente los devora sin cuidarse de otro derecho que el de sus dientes.

Hay que armarse, pero no de un voto inútil, que siempre valdrá tanto como el tirano quiere, sino de armas efectivas y menos candorosas cuyo uso nos traiga la evolución ascendente y no la regresiva que preconizan los luchadores pacifistas.

¡Pasividad, nunca! Rebeldía, ahora y siempre.

Punto Rojo, N° 3 del 29 de Agosto de 1909. El Paso, Texas.

MENDIGO...

¿A dónde vas, extendida la descarnada mano, tétrico y cabizbajo el continente?

¿Qué quieres con la plañidera súplica que brota temblorosa de tus labios descoloridos?

Mendrugos y harapos, dádivas insultantes y compasiones cáusticas; he ahí lo que siempre alcanzarás con actitud y medios tan tristes.

Mendigo: no es inclinando la cabeza y extendiendo la mano como podrás satisfacer tu cruel

Palomas se hallaba en el camino que debía seguir el grupo; su captura no era de importancia para el desarrollo del plan estratégico adoptado, pero convenía atemorizar a los rurales y guardas fiscales que lo guarnecían para cruzar el desierto sin ser molestados por la vigilancia.

En el camino los hilos telegráficos fueron cortados de trecho en trecho.

Las carabinas empuñadas y listas a disparar, los sombreros echados hacia atrás, el paso cauteloso y a la vez firme, el oído atento a todos los sonidos y el ceño violento para concentrar el rayo visual que batallaba con la negrura de la noche, los once revolucionarios llegaron a las proximidades de la Aduana. Dos bombas arrojadas a ella descubrieron que estaba vacía. Los rurales y los guardas fiscales, obligando a los hombres del lugar a tomar las armas, se habían encerrado en el cuartel. Antes de atacarlo se registraron las casas del trayecto para no dejar enemigos a la espalda, tranquilizando de paso a las mujeres, explicándoles el objeto de la revolución en breves frases.

Pronto se tocaron con las manos los adobes del cuartel, y pronto sus aspilleras y azoteas enseñaron, con los fogonazos de los fusiles, el número de sus defensores. Adentro había el doble o más de hombres que afuera. La lucha se trabó desigual para los que llegaban. Las paredes de adobe eran una magnífica defensa contra las balas del Winchester, y las bombas que hubieran resuelto en pocos segundos la situación, resultaron demaiaado pequeñas.

Francisco Manrique, el primero en todos los peligros, se adelantó hasta la puerta del cuartel; batiéndose a pecho descubierto y a dos pasos de las traidoras aspilleras, que escupían plomo y acero, cayó mortalmente herido.

La lucha continuó, las balas siguieron silbando de arriba abajo y de abajo hacia arriba. El horizonte palidecía con la proximidad del sol, y Pancho palidecía también, invadido por la muerte que avanzaba sobre su cuerpo horas antes altivo, ágil y temerario. El día se levantaba confundiendo sus livideces con las de un astro de la revolución que se eclipsa.

Era necesario continuar la marcha hacia el corazón de las serranías. Era preciso llevar rápidamente el incendio de la rebelión a todos los lugares que se pudiera.

La última bomba sirvió para volar una puerta y sacar algunos caballos.

Pancho, desmayado, parecía haber muerto.

El interés de la causa había sacrificado la vida de un luchador excepcional, y el mismo interés imponía cruelmente el abandono de su cuerpo frente a aquellos muros de adobe salpicados con su sangre, espectadores de su agonía, testigos de su última y bella acción de sublime estoicismo.

Pancho volvió en sí poco después de la retirada de sus diez compañeros. Le interrogaron y tuvo la serenidad de contestar a todo, procurando con sus palabras ayudar indirectamente a sus amigos. Conservó su incógnito hasta morir, pensando lúcidamente que si su nombre verdadero se conocía, el despotismo, adivinando quiénes lo acompañaron, procuraría aniquilarlos si la revolución era vencida. De él no pudieron saber ni proyectos, ni nombres; nada que sirviese a la tiranía.

Pancho amaba la verdad. Jamás mentía para esquivar una responsabilidad o adquirir un provecho. Su palabra era franca y leal, a veces ruda, pero siempre sincera. Y él, que habría desdeñado la vida y el bienestar comprados con una falsedad, murió mintiendo (mentira sublime), envuelto en el anónimo de un nombre convencional -Otilio Madrid- para salvar a la revolución y a sus compañeros.

Conocí a Pancho desde niño. En la escuela nos sentamos en la misma banca. Después, en la adolescencia, peregrinamos juntos a través de la explotación y de la miseria, y más tarde nuestros ideales y nuestros esfuerzos se reunieron en la revolución. Fuimos hermanos como pocos hermanos pueden serlo. Nadie como yo penetró en la belleza de sus sentimientos: era un joven profundamente bueno, a pesar de ser el suyo un carácter bravío como un mar en tempestad. Pancho renunció al empleo que tuvo en el ramo de Hacienda, en el Estado de Guanajuato, para convertirse en obrero y más tarde en esforzado paladín de la libertad, en aras de la cual

los que ostentan el título de liberales y amigos de los proletarios, emprendieron la tarea de levantar contra los rebeldes el odio ciego de la patriotería nacional. Se insinuó unas veces, se aseguró otras, que las armas de los revolucionarios eran facilitadas por los Estados Unidos, que ávidos por adueñarse de México, lanzaban al motín a unos malos mexicanos, traidores o ilusos, comparados como los de Panamá, como bandidos y forajidos. El epíteto más benigno que se les aplicó fue el de mitoteros.

De ese modo los *amigos del pueblo* manifestaron lo que son y lo que valen. Quisieron con sus pobres declamaciones facilitar el aplastamiento de los dignos por los mercenarios del poder y el patrioterismo ignorante de las masas. La brutalidad de la represión podía ejercerse sobre ellos tan ampliamente como agradara al despotismo; ya había entre los liberales mismos quien condenara a los pocos que, para vergüenza del rebaño, habían roto con la pasividad y la mansedumbre. Pero aquellas voces que traían todas las notas de las bajas pasiones, aquellos murmullos que eran el gruñido de una impotencia envidiosa, murieron al llegar al oído de los parias, hermanos de los bandidos insumisos.

A pesar de la cobardía, a pesar de la abyección y del envilecimiento que deprimen el carácter de las masas, no se dio entero crédito a la calumnia de los *amigos del pueblo*. En lo general se amaba y se admiraba a los audaces que supieron enfrentarse resueltamente con el poder que espantaba a los viles. La evacuación de Viesca se impuso; los voluntarios de la libertad salieron de su recinto, despedidos por la mirada cariñosa y llena de esperanza de las mujeres proletarias, cuyas simpatías se despertaban delirantes por los transformadores de la paz y el orden, que llevaban sobre sus indómitas espaldas el título de bandidos, como lo habían llevado todos los iniciadores de una reforma, como lo han merecido los libertadores de todas las épocas.

Hacia la serranía, hacia las montañas amigas, se encaminaron sus pasos. Allí el núcleo se quebró obedeciendo a un nuevo plan; la cantidad se descompuso en unidades proyectadas en todas direcciones, a donde irían a crear nuevas organizaciones rebeldes, repitiendo el fenómeno biológico de ciertas especies zoológicas que se reproducen en sus fragmentos.

Viesca dio a conocer caracteres como Lugo y otros, cuyos nombres todavía no es tiempo de mencionar.

Viesca desenmascaró a los liberales de conveniencia y excluyó de la revolución elementos dañados con el temor o la incompetencia.

En 1908, las tropas de la tiranía no vencieron en ninguna parte.

La traición aplazó el triunfo de la revolución; fue todo.

Regeneración, N° 3, del 17 de septiembre de 1910. Los Angeles, California.

PALOMAS

Este capítulo de historia libertaria debería llamarse Francisco Manrique, debería llevar el nombre de aquel joven casi niño, muerto por las balas de la tiranía el 1° de julio de 1908 en el poblado fronterizo de Palomas. Los hechos trazan su silueta sobre el fondo borroso de esa jornada semidesconocida, que se esfuma en el gris panorama del desierto.

Apenas once libertarios pudieron reunirse cuando las persecuciones caían como granizo sobre el campo revolucionario. Once nada más para intentar con un audaz movimiento salvar la revolución que parecía naufragar en la marejada de las traiciones y las cobardías.

Había brillado ya el alba roja de Las Vacas, y Viesca evacuada por la revolución, retumbaba todavía con el grito subversivo de nuestros bandidos, cuando este grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó con un puñado de cartuchos y unas cuantas bombas manufacturadas a toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo apercebido a recibirlo con incontables elementos de resistencia; contra la tiranía fortalecida por la estupidez, el temor y la infidencia, contra el secular despotismo que hunde sus tacones en la infamada alfombra de espaldas quietas que se llama pasivismo nacional.

hambre de pan y tu ardorosa sed de justicia. Es irguiendo la frente y levantando el brazo, como lograrás tu objeto.

Mendigo de libertad... Mendigo de pan... deja ya de implorar, exige. ¡Cesa ya de esperar: toma!

No reptes más, mendigo...

Punto Rojo, N° 3 del 29 de Agosto de 1909. El Paso, Texas.

¡Y SIN EMBARGO... SOIS PASIVOS!

Una mujer: la mujer de un periodista del orden, que no puede ser para nadie sospechoso revolucionario, ha sido encarcelada en la capital de México, y puesta bajo rigurosa incomunicación en una bartolina de la muy célebre como infame y asquerosa prisión de Belem.

Péres de León, el Juez de las consignas liberticidas, que tanto se ha distinguido como vil perseguidor de los que marca el rojo índice del Díazpotismo, es quien cierra, con el lujo bárbaro de la incomunicación, el calabozo de la mujer de Paulino Martínez y clausura y decomisa la imprenta de La Voz de Juárez, cuyo propietario es uno de los más ardientes defensores de la paz y el orden actuales, pero que en algún modo se ha visto mezclado en la agitación sufragista que nació de la entrevista Creelman, y que ha llegado a molestar al que quiso dejarla hacer su epifanía.

Martínez andaba huyendo cuando su compañera fue arrebatada del lado de sus hijos y encerrada en Belem, para satisfacción de la justicia, por una nimiedad, una nonada: una frase amable para el Ejército, y de la cual no era siquiera autor el dueño y director de La Voz de Juárez. Este atropello tan burdo y cobarde ejercido en una mujer, a la que por pura deferencia se le admiten dos colchas en la prisión, viene a dar de lleno en el espíritu apocado de muchos ilusos, que, cantando la vieja y temblorosa salmodia del orden y la paz y el respeto a la legalidad, esperan que la tiranía les hiciera gracia de todo maltrato y premiara su pasivismo con la libertad cuya conquista temen emprender digna y virilmente.

El desencanto brutal hace oír su voz agría a los pobres bebés que todo lo veían de color de leche.

La labor de Paulino Martínez era una labor de paz; aconsejaba al acatamiento a las autoridades hasta un grado sublimemente candoroso, y a pesar de ello, la Dictadura le persigue y le hiere casi como a un revoltoso o a un mitotero; porque la tiranía es la tiranía, y nunca podrá ser la niñera cuidadosa de ningún movimiento que tenga ni remotamente, tintes de liberación.

Díaz no gusta de los siervos a medias, y en esto demuestra más lógica y experiencia que los evolucionistas pacientes.

Por largos, larguísimos años, hemos estado presenciando y soportando las atrocidades de la Dictadura. Lo que está ocurriendo se ha repetido millares de veces, con detalles más negros, pero todavía hay quien sostenga que con el civismo inerme y humilde, o armado de una boleta electoral, da lo mismo, todo se alcanzará.

Habéis visto muchas infamias, habéis digerido muchas vergüenzas, estáis contemplando ahora nuevos crímenes y aún veréis y padeceréis más y, sin embargo, sois pasivos.

Punto Rojo, N° 4 del 16 de Septiembre de 1909. El Paso, Texas.

ULÚA HABLA

Echad un vil secreto en la más honda sima: sepultad una infamia bajo miríadas de montañas y apartaos del sitio en que pensáis dejarlos para siempre inmóviles y mudos; lavaos el rostro y las manos; cubríos de dorados, vestíos de adulaciones. Marchad; id tan lejos como podáis, y al fin de cada etapa y en todas partes, saldrán a saludaros el vil secreto que arrojasteis a la sima y la infamia que dejasteis debajo de miríadas de montañas.

No hay sima que oculte, ni montañas que cubran los secretos sucios y las infamias cobardes. El alma doliente de los presidios deja escuchar de cuando en cuando, con disgusto de los sicarios, su rugido o su lamento. Ulúa, ese Vitelio de coralinas rocas emergido en la orilla del Atlántico, que devora vidas preciosas, sin más tregua que el tiempo que se toma para vomitar cadáveres, siente escaparse de su vientre ahíto de sacrificios el vaho de un martirio que latiguea las carnes mancilladas de una República (?) que todavía tiene en su frente sumisiones y en sus labios plegarias para la Bestia que lo estruja.

El horror que abrigan las trágicas humedades del implacable engullidor estalla como un grito esquilino y denuncia un poema entero de iniquidades.

En poco más de un año, cien prisioneros, revolucionarios, o simples sospechosos, han perecido en Ulúa, víctimas del régimen especial con que se les trata. Doscientos compañeros más, están siendo empujados rápidamente al mismo fin. Entre horribles penalidades pasan los días estos hermanos nuestros: baños inmundos, comidas podridas, envenenadas, incomunicaciones interminables, insultos, azotes y mil cosas más, indignas, canallescas, cobardes, se usan sobre ellos con un refinamiento que haría gozar a las torvas imaginaciones de un Felipe II y un Stambouloff.

Y la llamada prensa independiente, con rarísimas excepciones, calla, y los adalides de la rendición pacífica, silencian estos crímenes, en tanto que titulan mártires de su amor a la libertad a los oficiales reyistas que fueron destinados a Yucatán por su ambición de formar parte del futuro pretorio del Caudillo de Galeana.

Pero más vale así, ¡que callen! ellos, los apocados, los dúctiles, los siervos por idiosincracia no pueden protestar. Sus cerebros son invernaderos de flores cortesananas que al extenderse sobre el lecho del Sibarita tienen cuidado de no formar ni un pliegue que moleste. Su silencio es mejor que su verbo glutinoso.

Escondiéndose dentro de ellos mismos, hacen honor al heroísmo que sucumbe en los potros dictatoriales.

Y nosotros, revolucionarios, no hagamos protestas que se borran y olvidan: ¡Vengamos a los hermanos!

Venganza es hoy día igual a justicia.

Seamos vengadores y seremos justos.

Ya es tiempo...

Punto Rojo, N° 4, del 16 de Septiembre de 1909. El Paso, Texas.

IMPACIENTES

La impaciencia del momento actual hunde en nuestros nervios su acicate de fuego.

Nuestros deseos se adelantan ansiosamente al desenvolvimiento de los hechos.

La lucha tiene momentos de expectación, que sofocan como el abrazo de un crótalo.

Queremos nuevamente descargar el brazo sobre nuestro viejo enemigo y nos vemos forzados a esperar que nuestras armas adquieran el temple necesario para que su choque sea terrible, aniquilador, tremendo.

La Bestia permanece frente a nosotros, y allá, en el fondo sanguinolento de su pupila pérfida, fosforece el reto y la injuria, mientras sus garras se emergen voluptuosas en cuajarones de sangre libertaria, de sangre que es la nuestra.

Y cuesta inmenso sacrificio aguardar... aguardar a que el momento llegue de hendirle el malvado cráneo, de arrancarle las garras nacionicidas y desbaratarle a puntapiés el negro, el asqueroso corazón.

Porque ¿cómo tener paciencia? ¿Cómo esperar; si se nos hace aspirar su aliento de traiciones; si estamos sintiendo el estremecimiento agónico de muchos seres, si oímos el ¡ay! de mil y mil bocas contraídas por la desesperación y el hambre, si vemos retorcerse sobre el suelo erizado

La carabina vacía, la cartuchera desierta, se alejó, intocable para las balas, a continuar la lucha por la emancipación. Más tarde el nombre de este héroe, y los de todos los que tomaron parte en la acción de Las Vacas, se oírán cuando de sacrificios y grandezas se hable.

Fracaso, murmuran algunas voces.

Ejemplo, enseñanza, estímulo, episodio inmortal de una revolución que triunfará, dice la lógica.

Regeneración, N° 2 del 10 de septiembre de 1910. Los Angeles, California.

VIESCA

La organización había sido trabajo laborioso ejecutado en medio de grandes dificultades y peligros. La indiscreción y cobardía de las masas, la vigilancia de las autoridades apoyada en la sucia labor de espías y delatores, la carencia de recursos monetarios, todo fue venciendo o esquivándose por los revolucionarios del grupo de Viesca. Su organización adquirió vigor y consistencia al impulso constante que supieron emplear aquellos pocos trabajadores libertarios. Una a una fueron reuniéndose armas para el grupo; un día era una pistola, otro una carabina; poco a poco se las dotó de parque. Hubo que imponerse dobles privaciones, que trabajar triple de lo ordinario para pagar unas cuantas monedas más de las necesarias para pagar el derecho de vivir; pero al fin, cuando se aproximaba la fecha de la insurrección, se contaba con algunos elementos, valiosísimos desde el punto de vista de las condiciones miserables que rodean a todos los luchadores de principios.

La revolución nunca ha tenido capitales. Los ricos, difícilmente llegan a militar en las luchas por la emancipación humana; cuando más, arriesgan alguna parte de sus capitales en tal o cual juego político. Son egoístas del tipo suicida: quieren para ellos hasta lo innecesario, aunque la plétora los reviente. Por eso Tolstoi y Kropotkin son dos tipos extraordinarios en estos tiempos.

La noche del 24 al 25 de junio, aniversario de los asesinatos de Veracruz, era la fecha indicada para iniciar la rebelión en distintas partes del país. El grupo de Viesca se alistaba sigilosamente; se habían tomado minuciosas precauciones; pero todas ellas no pudieron impedir que sus trabajos se manifestaran tan claros y amenazadores que las autoridades principales del lugar, temerosas, huyeron la víspera del levantamiento. Además, la traición de Casas Grandes, reveló al gobierno la existencia de la vasta conspiración, y lo que era más importante para el buen éxito de sus planes, la fecha en que comenzaría la agresión de los rebeldes.

El telégrafo había comunicado órdenes apremiantes a todos los pueblos y ciudades, para que las autoridades civiles y militares hicieran cuanto pudieran para sofocar la revolución, mientras se preparaba un embajador a presentarse en Washington a pedir la más vergonzosa ayuda en favor de la tiranía mexicana.

A la media noche se reunieron los compañeros, señalóse a cada quien su sitio y se puso manos a la obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fue abierta cuan grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el Programa Liberal, y se declaró nulo el poder de la Dictadura. Se efectuó una requisita de caballos y se tomaron los escasos fondos que había en las oficinas públicas. La revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencias o atropellos contra las familias o las personas neutrales.

José Lugo, que no había tomado parte en los preparativos, la tomó muy activa en los momentos de la acción.

La denuncia paralizó el movimiento de muchos grupos; otros, que pudieron levantarse oportunamente, faltaron a sus deberes de solidaridad, quedándose en un silencio bochornoso.

El gobierno empezó a destacar tropas sobre la región lagunera, y entonces vino también sobre los valientes insurrectos de Viesca la inundación de la calumnia y de la injuria. Escritorzue-

dejó en medio de la calle.

Por largas cinco horas se prolongó el combate. Pero después de las dos primeras ya no fueron mortales los disparos de los tiranistas; su pulso se había alterado notablemente, no obstante que algunos tiraban a cubierta. Las carabinas libertarias hablaban elocuentes. Asomaba el cañón de un máuser y en diez segundos la madera de la caja saltaba echa astillas por las balas de Winchester. Aparecía un chacó por alguna parte y presto volaba convertido en criba por los 30-30. Los libertarios estaban diezmados; había muchos heridos; pero su empuje era poderoso, su valor muy grande. Díaz Guerra se batía en primera fila con su revólver; sus viejos años pasados en el destierro, se habían vuelto de repente los ligeros y audaces del guerrillero de la Intervención. Un fragmento de bala le hirió en la mejilla; otra bala disparada sobre él a quemarropa desde una ventana le atravesó un brazo. Esa herida costó el incendio de una casa. Se avisó que salieran de ella los no combatientes y se le prendió fuego. Rangel sostenía una lucha desigual; solo en un extremo tenía en jaque a un grupo de soldados, mandados por un sargento, que recortaba su figura de león enfurecido con el acero silbante de sus fusiles.

Por todas partes se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hombre era un héroe; cada héroe un cuadro épico animado por el soplo de la epopeya. Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado un hombro, otra una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fue a pagarle en un costado sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente, que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate. Calixto Guerra, herido como estaba, se mantuvo en su puesto con bravura y energía admirables.

Los enemigos tuvieron también sus grandes hechos; los defensores de la tiranía y la esclavitud se revelaron en sus actos.

Un grupo de ocho soldados y un sargento se vieron cortados de sus compañeros y acometidos de flanco por el fuego de los rebeldes; junto a ellos estaba el cuartel, pero tenían para llegar a él que cruzar la calle que estaba en poder de cuatro rebeldes.

Apurado el sargento por salir de la falsa posición en que lo había metido una de las brascas acometidas de los libertarios, apareció en la calle agitando un pañuelo blanco en señal de paz, seguido de los soldados llevando los fusiles con las culatas hacia arriba; los rebeldes creyeron que se rendían y los dejaron avanzar; pero de pronto, cuando los traidores esbirros se hallaban próximos a la puerta del cuartel, volvieron los fusiles e hicieron fuego sobre los que les habían perdonado la vida.

Hicieron fuego sin efecto y corrieron a meterse al cuartel, menos tres, que no pudieron llegar. Las balas de 30-30 les evitaron para siempre la repetición de su cobarde estratagema.

En el cuartel había un montón de cadáveres; otros se veían en las calles. Las huellas de las balas se encontraban por todas partes. Las casas presentaban un aspecto desolador. Era después de las diez; el parque de los libertarios estaba agotado; los soldados de la tiranía no llegaban a quince, guarecidos en las casas donde había familias; el resto eran muertos o desertores. El capitán, jefe de la guarnición, se defendió tenazmente con el triste valor de la fidelidad del siervo. Aquello habría concluido en un triunfo completo para los revolucionarios, pero... ya no había parque... Rangel hizo un esfuerzo más; con cuatro tiros en el revólver y algunos compañeros con él, intentó un ataque decisivo; avanzó algo y recibió un balazo en un muslo: la última sangre de libertarios de aquella jornada tremenda.

Se inició la retirada; paso a paso fueron reuniéndose los supervivientes y abandonando el pueblo. Nadie quería dejar, con los cuerpos de tantos camaradas, una victoria que ya era suya. Pero... ya no había parque... Un rebelde se negó a salir; tenía algunos cartuchos; no iría con ellos sin completar el triunfo; escogió un lugar y él solo permaneció frente al enemigo hasta las tres de la tarde.

de injusticias a un pueblo entero, pisoteado ferozmente por la Bestia?

Y, si la impaciencia hunde en nuestros nervios su acicate de fuego, centuplicuemos el esfuerzo, y que ella sea el rápido corcel que nos conduzca a la realización de nuestro ideal.

Hay un freno para la impaciencia nuestra; la actividad sin tregua.

Que cada quien empuje los obstáculos que tiene delante de sí; que cada uno trabaje con toda su energía, y así, pronto, muy pronto estaremos todos listos y reunidos.

Somos la máquina del reloj; si estamos de acuerdo siempre y nos damos prisa en marchar, temprano fijaremos en la carátula de los tiempos la hora bella y sonriente de la emancipación.

Punto Rojo, N° 4, del 16 de Septiembre de 1909. El Paso, Texas.

ALGO MÁS

La disculpa de algunos resignados desaparece.

El relativo bienestar económico con el cual se satisfacían las raquícas aspiraciones de mejoramiento de algunos trabajadores mexicanos emigrados, huyó de sus hogares, burlando sus esperanzas de sometidos.

Ya no es la exclusión de los niños mexicanos de las escuelas blancas contra lo cual ha protestado apenas una minoría digna.

Ya no es el insultante No Mexican Allowed -No se admiten mexicanos- que abofetea la vista de nuestros nacionales en algunas tiendas y otros establecimientos públicos de Texas.

Ya no es el Mexican Keep Away -los mexicanos deben alejarse-, que ha tenido a nuestros nacionales estupefactos en las orillas de ciertos pueblos de la frontera norteamericana.

Ya no es el ultraje violento de la turba racista y de la policía abusiva que ebrias del salvaje espíritu de Lynch han ensangrentado sus manos con seres inocentes e indefensos.

Ya no es tan solo eso. La última ilusión se va...

La amarga ración de pan se acorta. Los bocados que hacían llevadera la vejación y el desdén se reducen considerablemente, augurando la vuelta del peonaje, lleno de privaciones y miserias, que desertaron de México.

En Oklahoma, en Texas, en Arizona, en todos los Estados donde abunda el elemento mexicano, se suceden hechos que tienen mayor elocuencia para los trabajadores pasivos o indiferentes, que los más poderosos incentivos morales. El peonaje, el horrible peonaje que había quedado entre las brumas de un recuerdo de ignominia flotando en los tugurios de las haciendas se desliza hacia acá.

Los terratenientes de los condados de Texas han tenido varias reuniones para establecer ciertas reformas en su sistema de parcionismo con los labradores mexicanos. Las nuevas condiciones pondrán a éstos a merced de los amos completamente. Se piensa exigirles el cultivo gratuito de la tierra que pueda cultivarse con un tiro de mulas, el cuidado de las bestias de trabajo y de paseo de los burgueses, también gratuitamente; la compra de todas las herramientas necesarias para el cultivo, la prohibición de vender libremente la parte de productos que les puede tocar; el compromiso de preferir como compradores a sus patrones o a los recomendados de éstos, y otros no, inicuas e injustas. A su vez un pequeño grupo de labradores ha iniciado la formación de una Unión de resistencia, que no conseguiría nada práctico si no adopta tácticas de acción solidaria con los elementos conscientes que por diferente vías revolucionarias se dedican a la lucha contra los tiranos y los explotadores.

En Oklahoma, el gobierno triplicó este año la renta de las tierras que tenían arrendadas algunos colonos mexicanos. Antes se pagaban dos pesos anuales por acre; ahora se exigen seis por igual extensión de terreno, dando el plazo de un día para hacer el pago. Lo intempestivo de ese aumento, lo perentorio del plazo no permitió a varios hombres satisfacer las exigencias del gobierno y fueron lanzados con sus familias brutalmente.

En Arizona, donde hace dos años se pagaba como salario ínfimo \$ 2.00 diarios se ha reducido ahora en los talleres de Morenci, por ejemplo, a \$ 1.50, mientras que en los mismos lugares y

por iguales labores se paga a los negros \$ 1.75, Y \$ 2.00 a los italianos. Podrían citarse más hechos como éstos, que unidos al alza de precios en los artículos de consumo indispensable estrechan en un terrible torniquete a los obreros de raza mexicana, empleados en la industria y en los campos de este país.

La situación se hace insoportable, y no podría ser de otra manera, puesto que los burgueses de aquí saben que una gran cantidad de proletarios mexicanos al tocar esta tierra se plegan sin protesta a las condiciones que les imponen los explotadores; contentándose con ser los primeros en las fatigas y los últimos en la recompensa.

Pero la triste disculpa de nuestros resignados no existe ya. La miseria, el hambre, y el atropello están en México. La vergüenza, la humillación y el hambre están aquí. Son los compañeros universales de los impotentes. ¿A dónde irá el pasivo, el sometido, el resignado que no le escupan y le roben? Ahora que ya no existe esa ruín disculpa de la pitanza por asegurada, seguiréis siendo pasivos, seguiréis desconociendo a los que luchan para hacer que la humanidad coma un pan que no amase la ignominia? ¿Continuaréis poniendo los músculos faltos de nutrición, al servicio de los esclavistas, en vez de venir con vuestras fuerzas a precipitar la desaparición de los males comunes?

Si los ideales no han podido arrancar del rebañismo a ciertos hombres, hay que esperar algo más del rudo estrujón que hoy los coloca en medio de dos hambres.

Regeneración, N° 1, del 3 de Septiembre de 1910. Los Angeles, California.

EL INTERÉS VERDADERO DEL BURGUÉS Y DEL PROLETARIO

Buscando la felicidad, muchos individuos pasan el tiempo dedicando sus faenas a la defensa de intereses falsos, alejándose del punto objetivo de todos sus afanes y aspiraciones: el mejoramiento individual y convirtiendo la lucha por la vida en la guerra feroz con el semejante.

Se oponen los privilegiados, con toda la fuerza que les presta la ignorancia atemorizada, a la emancipación de los proletarios; la ven como una horrible desgracia, como una catástrofe, como el fin de la civilización -cuando apenas es el comienzo de ella-, como un peligro que debe ser combatido con el hierro y con el fuego, con todas las armas de la astucia y de la violencia, y se oponen, sencillamente, porque no comprenden sus intereses verdaderos, que son los mismos para cada entidad humana.

Robar a otro el pan es poner en peligro cierto el propio sustento. Arrebatarse a otros la felicidad, es echarse cadenas. Destruir la felicidad ajena para fabricar la nuestra con sus despojos, es una necedad. Porque pretender levantar la dicha propia sobre la miseria y el dolor de los demás, es igual a querer fortificar un edificio, comenzando por destruir sus cimientos. Y, sin embargo, la mayoría de las gentes, engañadas por la apariencia de sus falsos intereses, así caminan por el mundo en busca del bienestar, llevando por bandera este principio absurdo: hacer daño para obtener provecho.

En la satisfacción completa de las necesidades morales y físicas, en el disfrute de la vida, sin amenazas ni cargas de la amargura, están radicados tanto el interés particular de los individuos, como el de la colectividad. Los que se opongan a ellos, rompiendo las lazos de solidaridad que la naturaleza estableció entre los miembros de la especie, laboran en contra de sí mismos; hiriendo a los otros se hace imposible el bienestar, que no puede ser duradero ni cierto, en medio de una sociedad que duerme sobre espinas; de una sociedad donde el hambre pasea su rostro lívido frente a las puertas de los almacenes repletos; donde una parte de los hombres, trabajando hasta el agotamiento, sólo pueden vestir mal y comer peor; donde otra parte de ellos arrebatan a los productores lo que sale de sus manos y de su inteligencia para entregarlo a la polilla o al estancamiento inútil; en una sociedad desequilibrada, donde sobran riquezas y abundan miserias; donde el concepto *justicia* tiene tan incua representación, que se mantienen instituciones bárbaras para perseguir y martirizar a las inocentes víctimas de las

dos. No pudo ver lo que tanto deseaba: la libertad de México.

Desalojados repetidas veces, los defensores de la tiranía buscaban una posición que pudiera librarlos del ímpetu de los libertarios, que inferiores en número y armamento, se imponían por su temerario arrojo y su terrible precisión de tiradores. Al principiar el combate, los tiranistas llegaban a muy cerca de cien, entre soldados de línea y guardias fiscales; al cabo de dos horas su efectivo había descendido considerablemente por las desertiones y las balas. En ese primer periodo, en el cual muchas veces se dispararon las armas chamuscando la ropa del contrario, fue en el que cayó el mayor número de los nuestros.

El primero de todos, Pedro Miranda, el revolucionario por idiosincrasia a la vez que por convicción, el Pedro Miranda cuyos dichos mordaces se repiten todavía por los compañeros que lo trataron; el que era la acción y la firmeza encarnadas en un cuerpo hecho a las luchas con la naturaleza y con los hombres de la injusticia; el mismo que pasaba los años trabajando sin descanso y dedicando a la Revolución cada centavo que salvaba de la rapiña burguesa. Sus carabinas, un arsenal siempre con perspectiva de aumento, se hallaban a toda hora listas para entrar en acción por la libertad. Entre los compañeros ha venido a ser proverbial esta condición invariable de las armas de Pedro; cuando se quiere significar que una persona o una cosa está en muy buenas condiciones, se dice: Está como las carabinas de Pedro Miranda. Sus palabras postreras fueron: *Ya no puedo... sigan ustedes...*

Néstor López, el activo y sincero propagandista, admirable para encontrar recursos para la causa, quedó con una pierna rota a una cuadra del cuartel.

El valiente Modesto G. Ramírez, autor de una carta llena de consciente heroísmo, escrita la víspera del combate y publicada más tarde por la prensa norteamericana, cayó junto a una cerca de ramas, al lado de dos bravos, muertos minutos antes en aquel sitio fatal. Pasaba un compañero, y Modesto en la agonía le dijo: *Hermano, ¿cómo vamos?... Dame agua... y... sigue... adelante...*

Juan Maldonado encontró la muerte cuando osadamente avanzaba a desalojar al enemigo.

Emilio Mungía, un joven fríamente temerario, pereció también.

Antonio Martínez Peña, viejo y constante obrero de la causa, acabó allí su vida de sacrificios al exponer su cuerpo a muy corta distancia de la boca de los máusers.

Pedro Arreola, revolucionario y perseguido desde los tiempos de Garza, y por largos años uno de los hombres más temidos por los esbirros de la frontera de Coahuila y Tamaulipas, murió con la frase burlesca en los labios y el gesto del indomable en el semblante. Atravesado por una bala que le rompió la columna vertebral, arriba de la cintura, se esforzaba por alcanzar su carabina que había saltado lejos de él al tiempo de caer; un camarada se acercó y puso el arma en sus manos desfallecientes; sonrió, quiso, sin conseguirlo, colocar nuevo cartucho en la recámara de su carabina; interrogó sobre el aspecto que llevaba la lucha y en medio de su trágica sonrisa deslizó lentamente la última frase de su áspera filosofía: *La causa triunfará; no hagan caso de mí; no porque muere un chivo se acabará el ganado.*

Manuel V. Velis, a menos de veinte metros del enemigo disparaba con asombrosa tranquilidad apoyándose en un delgado arbusto; contestando con mucha flema todas las instancias que se le hacían para que abandonase aquel sitio barrido por las fusiladas, permaneció sirviendo de blanco hasta que casi agotada su cartuchera fue a reunirse a sus compañeros. Una bala salida de una casa dejó tendido a este sereno luchador, a quien nadie vio reñir nunca; a este hombre de hábitos apacibles y laboriosos, de convicciones profundas de libertario, en quien la conciencia dominaba al temperamento.

Hubo otros muertos cuyos nombres no he podido recoger; ya en los momentos del combate se unieron a los nuestros. Se dice que uno era de Zaragoza; el otro vivía en Las Vacas, y al sentir el ruido de la pelea y oír las exclamaciones de los combatientes se despertó en él la solidaridad de oprimido; ciñose la cartuchera, tomó su carabina, se echó a la calle al grito de *¡Viva el Partido Liberal!* se lanzó a pecho descubierto sobre los soldados del despotismo. Una fusilada lo

greso del mundo.

- Un pensamiento que vuelva, necesita una mano enérgica, fuerte, audaz, que abra, así sea despedazándolas, todas las puertas que le cierren el espacio de la realidad.

- Morir... ¿Qué significa morir, cuando la vida es la esclavitud y la vergüenza; cuando ella nos ata, pese a nosotros, a los pies del despotismo? La época actual es un cuadro en el cual no caben ciertas figuras: o aquel se agranda o éstas se despedazan.

- Ser arrastrado en el tumulto del rebaño pasivo, y pasar una y cien veces bajo la tijera del esquilador o morir solo como un águila bravía sobre el duro picacho de una montaña inmensa: es el dilema.

Regeneración, N° 25 del 18 de Febrero de 1911. Los Angeles, California.

LAS VACAS

Había llovido tenazmente durante la noche; las ropas empapadas de agua y la insistencia del barro que se pegaba a los zapatos, dificultaban la marcha.

Amanecía; el sol del 26 de Junio de 1908 se anunciaba tiñendo el horizonte con gasas color de sangre. La Revolución velaba con el puño levantado. El Despotismo velaba también con el arma liberticida empuñada nerviosamente y el ojo azorado escrutando la maleza, donde flotaban aún las sombras indecisas de la noche.

El grupo de rebeldes hizo alto, a un kilómetro escaso del pueblo de Las Vacas. Se pasó lista. No llegaban a cuarenta los combatientes. Se tomaron las disposiciones iniciales para el ataque, organizando tres guerrillas: la del centro dirigida por Benjamín Canales, la de la derecha por Encarnación Díaz Guerra y José M. Rangel, y la de la izquierda por Basilio Ramírez; se indicó el cuartel como punto de reunión, barriendo con el enemigo que se encontraba en el trayecto. El insomnio y la brega de largas horas con la tempestad y el fango del camino, no habían quebrantado los ánimos de los voluntarios de la libertad; en cada pupila brillaba un rayo de heroísmo, en cada frente resplandecía la conciencia del hombre emancipado. En el ligero viento del amanecer se aspiraba un ambiente de gloria. El sol nacía y la epopeya iba a escribirse con caracteres más rojos que el tinte fugaz de las gasas que se desvanecían en el espacio.

¡Compañeros!, dijo una voz, la hora tan largamente ansiada ha llegado por fin. ¡Vamos a morir o a conquistar la libertad!

¡Vamos a combatir por la Justicia de nuestra causa!

En aquel momento un pintor épico habría podido copiar un cuadro admirable. ¡Qué de rostros interesantes! ¡Qué de actitudes expresivas y resueltas...!

En marcha las tres diminutas columnas, con dirección al pueblo, llegaron al borde de un arroyo. De repente alguien, que iba a la cabeza, gritó: ¡Aquí están estos mochos! Y el arroyo fue atravesado rápidamente, con el agua a la cintura. Los soldados que estaban tendidos pecho a tierra entre los matorrales, se levantaron en desorden ante la acometida de los rebeldes, buscando, unos, abrigo en las casas, mientras otros desertaban pasando el río a nado para internarse a los Estados Unidos.

Las calles de Las Vacas fueron recorridas en pocos minutos, trabándose combates a quemarropa con el resto de la guarnición, que dividida en varias secciones y protegida por los edificios, pretendió detener a los libertarios. Canales, al frente de la guerrilla del centro, llegó el primero a pocos pasos del cuartel; las balas rodeaban su altiva figura; sus grandes y bellos ojos, normalmente plácidos como los de un niño, brillaban intensamente; su clásico perfil se destacaba puro, viril, magnífico, en medio de la lluvia de acero; mas su lucha fue breve: disparando su carabina y dando vivas a la libertad, se acercaba a la puerta del cuartel, cuando recibió una infame bala en medio de su frente, de aquella frente suya tan hermosa, donde hicieron su hogar tantas aspiraciones justicieras, tantos sueños de libertad, donde tomaron alas tantos pensamientos nobles. Benjamín quedó muerto, con el cráneo deshecho y los brazos extendi-

aberraciones del medio.

La herencia, la educación, la desemejanza de las circunstancias de vida, habrán creado diferencias profundas, morales y hasta físicas entre burgueses y proletarios, pero una ley natural los mantiene reunidos en una sola tendencia: el mejoramiento individual. Ahí radica el interés verdadero de cada ser humano.

Conocido eso, precisa obrar racionalmente, sobreponiéndose a los prejuicios de clase y dando la espalda a los romanticismos. Ni la caridad, ni el humanitarismo, ni la abnegación, tiene poder bastante para emancipar la humanidad, como lo tiene el *egoísmo consciente*.

Allí donde los burgueses sean bastante sabios para comprender que la transformación del sistema presente es inevitable y que vale más para sus propios intereses facilitar esa transformación que oponerle necia resistencia, el problema social que agita en todos momentos en todos los rincones del mundo perderá su aspecto de tragedia y se resolverá blandamente en beneficio para todos. Aquellos habrán ganado con la libertad el completo derecho a la vida; éstos habrán perdido con lo superfluo, el temor a perderlo todo. Y sin duda que los privilegiados de hoy serán los que mejor parte saquen. En lo general, y eso debería avergonzarlos, son incapaces para servirse a ellos mismos; hay algunos que hasta para comer y echarse a dormir, necesitan la ayuda de esclavo. Cuando éste les falte, adquirirán hábitos distintos, que harán de ellos seres útiles y activos, aptos para unir su impulso al esfuerzo colectivo que se aplicará entonces sobre las brusedades y asperezas de la naturaleza, no ya en la imbécil pugna del hombre contra el hombre.

Pero si los intereses falsos siguen ejerciendo influencia dominante en el cerebro de los burgueses, y si una parte de los trabajadores continúa como hasta hoy, oponiéndose con su pasividad sus tradiciones a la causa del trabajo, su causa, el cambio se impondrá por la violencia aplastando a los obstruccionistas del progreso.

Regeneración, N° 2 del 10 de Septiembre de 1910. Los Angeles, California.

SOPLA

Las mansas multitudes hacían un ruido como de rebaño en el esquiladero; rodeábanme la brutalidad, la infamia, la adulación, la mentira, la vanidad; cansáronse mis nervios; huí de la ciudad porque sentíame prisionero en ella, y vine hasta esta roca solitaria que será el mausoleo de mis fastidios. Solo estoy por fin; la ciudad y sus ruidos quedáronse muy lejos; libre soy de ellos; respiraré otro ambiente; el murmullo de la naturaleza será la dulce canción que escuchará mi oído.

De pie sobre el alto cantil sonríe el vagabundo.

Llegó ligera brisa; y a los pulmones del vagabundo penetró algo asfijante; oyó que en las maderas de su cabellera bronca gemía una voz extraña.

-¿De dónde vienes tú, brisa ligera, que causas ansiedades y tristezas locas?

-Vengo de largo peregrinaje. Pasé por las cabañas de los peones y vi cómo nacen y crecen esos esclavos; con mis dedos sutiles toqué las carnes sin abrigo de los pequeños, los senos lacios y enjutos de las madres feas y bestializadas por las miserias y los maltratos; toqué las facciones del hambre y de la ignorancia; pasé por los palacios y recogí el gruñido de las envidias, el regüeldo de las harturas, el sonido de las monedas contadas febrilmente por los avaros, el eco de las órdenes liberticidas; palpé en mi mano invisibles tapices, mármoles dorados, joyas con que se adornan para valer algo los que nada valen. Pasé por las fábricas, por los talleres, por los campos y me impregné de la salobridad de muchos sudores sin recompensa; permitieronme apenas asomarme a las minas y recogí el aliento cansado de miles de hombres. Atravesé las naves de los santuarios y hallé al crimen y a la pereza moralizando; tomé de allí acres olores de vil incienso. Escurríme en las cárceles y acaricié a la infancia prostituida por la justicia, al pensamiento encadenado en las bartolinas y vi cómo miriadas de insectos chicos comen la carne de insectos grandes. Forcé cuarteles y vi en sus cuadradas humillaciones, brutalidades, vicios hediondos, una academia de

asesinato. Entré a las aulas de los colegios y vi a la ciencia en amistad con los errores y los prejuicios; a seres jóvenes, inteligentes, en pugna recia por adquirir certificados de explotadores, y vi en los libros derecho inicuo que da derecho para violar todo derecho. Pasé por valles, por serranías; silbé en la lira de los tiranos, que la han formado las cuerdas tiesas de los ahorcados en los ramajes de las florestas. Traigo dolores, traigo amarguras, por eso gimo; traigo resignaciones, vengo del mundo, por eso asfixio. Vete, ligera brisa; quiero estar solo.

Fuése la brisa, pero en la cabellera bronca del vagabundo quedó apresada la angustia humana.

En rachas fuertes llegó otro viento, intenso y formidable.

-¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?

-Vengo de todos los rincones del mundo; traigo el porvenir justiciero; soy el aliento de la revolución.

-Sopla, huracán; peina mi cabellera con tus dedos terribles. Sopla, vendaval, sopla sobre mi cantil abrupto, sobre los valles, en los abismos, gira en torno de las montañas; derriba esos cuarteles y esos santuarios; destruye esos presidios; sacude esa resignación; disuelve esas nubes de incienso; quiebra las ramas de esos árboles en que han hecho sus liras los opresores; despierta a esa ignorancia; arranca esos dorados que representan mil infortunios. Sopla, huracán, remolino, aquilón, sopla; levanta las arenas pasivas que hollan los pies de los camellos y los vientres de las víboras y haz con ellas proyectiles ardientes. Sopla, sopla, para que cuando la brisa vuelva no deje aprisionada en mi cabellera la horrible angustia de la humanidad esclava.

Regeneración, N° 3 del 17 de Septiembre de 1910.

SOY LA ACCIÓN

Sin mí, las concepciones del cerebro humano serían unos cuantos fósforos humedecidos en una cerillera mohosa.

Sin mí, el fuego no habría calentado el hogar de los hombres, ni el vapor habría lanzado sobre dos líneas de acero la rápida locomotora.

Sin mí, la casa del hombre sería el bosque o la caverna.

Sin mí, las estrellas y los soles serían todavía los parches brillantes que Jehová pegó al firmamento para deleite de las pupilas de su pueblo.

Sin mí, Colón hubiera sido un loco; Bernardo Pallissy, un demente; Keplero, Copérnico, Newton, Galileo y Giordano Bruno, embusteros; Fulton, Franklin, Roentgen, Mongolfier, Marconi, Edison y Pasteur, soñadores.

Sin mí, la rebeldía de las conciencias sería una nube de humo encerrada en el hueco de una nuez, y las ansias de libertad, los aleteos inútiles de un águila encadenada y presa.

Sin mí, todas las aspiraciones y los ideales rodarían en la mente de los hombres como hojarasca arremolinada por el cierzo.

El Progreso y la Libertad no pueden ser sin mí.

Soy la Acción.

Regeneración, N° 3 del 17 de Septiembre de 1910.

OBSCURIDADES

La sombra es sudario para la impostura, la vanidad y los oropeles; por eso hay tantos que la odian.

La sombra mata la inútil belleza de las piedras preciosas que cautivan las mentes primitivas.

En las sombras nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan.

El carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan, es fuerza, es luz, es movimiento cuando ruge en el fogón de la caldera.

y la libertad, igualando racionalmente a los seres humanos, los haga solidarios constructores del bienestar común; para que cada quién tenga, sin descender al fango, asegurado el derecho a la vida.

Regeneración, N° 6 del 8 de Octubre de 1910. Los Angeles, California.

BLANCOS, BLANCOS

Quemaron vivo a un hombre.

¿Dónde?

En la nación modelo, en la tierra de la libertad, en el hogar de los bravos, en el pedazo de suelo que todavía no sale la sombra proyectada por la horca de John Brown; en los Estados Unidos, en un pueblo de Texas, llamado Rock Springs.

¿Cuándo?

Hoy en el año décimo del siglo. En la época de los aeroplanos y los dirigibles, de la telegrafía inalámbrica, de las maravillosas rotativas, de los congresos de paz, de las sociedades humanitarias y animalitarias.

¿Quiénes?

Una multitud de hombres blancos, para usar del nombre que ellos gustan; hombres blancos, blancos, blancos.

Quienes quemaron vivo a ese hombre no fueron las hordas de caníbales, no fueron negros del África Ecuatorial, no fueron salvajes de Malasia, no fueron inquisidores españoles, no fueron apaches ni pieles rojas, ni abisinios, no fueron bárbaros escitas, ni trogloditas, ni anal-fabetos desnudos habitantes de la selva; fueron descendientes de Washington, de Lincoln, de Franklin, fue una muchedumbre bien vestida, educada, orgullosa de sus virtudes, civilizada; fueron ciudadanos y hombres blancos de los Estados Unidos.

Progreso, civilización, cultura, humanitarismo. Mentiras hechas pavezas sobre los huesos calcinados de Antonio Rodríguez. Fantasías muertas de asfixia en el humo pestilente de la hoguera de Rock Springs.

Hay escuelas en cada pueblo y en cada ranchería de Texas; por esas escuelas pasaron cuando niños los hombres de la multitud linchadora, en ellas se moldeó su intelecto; de ahí salieron para acercar tizones a la carne de un hombre vivo y decir días después del atentado, que han hecho bien, que han obrado justicieramente.

Escuelas que educan a los hombres para lanzarlos más allá de donde están las fieras.

Regeneración, N° 12 del 19 de Noviembre de 1910. Los Angeles, California.

PENSAMIENTOS

• No hay que asustarse de los medios que se emplean para conquistar la libertad, calificando de barbarie y brutalidad a la acción rebelde. Es absurdo batir el hierro con un martillo de madera, aunque algunos se oponen al sacrificio de unos cuantos conscientes en beneficio de la masa pasiva retardataria.

• Los políticos oportunistas e hipócritas quienes quieren cubrir su cobardía y su interés egoísta con los encajes de una civilización que desconocen, haciendo alarde de sensiblería y de histerismo creen sentar plaza de hermanos; cuando en realidad se encuentran moralmente al nivel de tres animales inferiores: la hiena, el cocodrilo y el ratón; porque les gusta comer cadáveres, porque lloran y porque son el azote de los graneros públicos.

• La fuerza opresora debe de ser destruida con la fuerza libertadora, sin asustarse de la fatal necesidad de los medios violentos.

• Ideales que no marchan hacia la práctica, son ideales; romanticismos estériles para el pro-

tan más y más la proximidad de la pobre lámpara que le roba su brillo, y la tos viene a hacerse la compañera de sus veladas. Sedas, hermosas y finas telas pasan bajo su aguja; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que ociosas mujeres, damas aristócratas, concurren al torneo de la ostentación y la envidia, para surtir lujosos guardarropas donde se picarán los trajes en tanto que ella viste de harapos su vejez prematura.

Envuelta en llamativos adornos, cargada de acres perfumes, teñido el rostro marchito y fingiendo acentos cariñosos, la prostituta acecha el paso de los hombres frente a su puerta maldecida por la gasmoñería, misma que la obligó a llevar al mercado social, los efímeros encantos de su cuerpo. Esa mujer trabaja, horrible trabajo el suyo, siempre trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para adquirir sucias enfermedades; pagar al Estado moralizador el impuesto del vicio y expiar en el asco y en la inmundicia crímenes ajenos.

En lujoso escritorio el rey de la industria, el señor del capital, calcula; las cifras nacen de su cerebro y nuevas combinaciones van allá, lejos de la opulenta morada, a disminuir el calor del hogar y los mendrugos de los proletarios; trabaja, trabaja; también él trabaja. ¿Para qué trabaja? Para amontonar superfluidades en sus palacios y recrudescer miserias en las casuchas; para quitar, al que fabrica sus riquezas, el pan y el abrigo que producen sus manos; para impedir que los despojados tengan algún día asegurado el derecho a vivir que el derecho concedió a todos, para hacer que una gran parte de la humanidad permanezca como rebaño que se esquilma sin protesta y sin peligro.

Afanoso busca el juez en los volúmenes que llenan los armarios de su gabinete; consulta libros, anota capítulos, revuelve expedientes, hojea procesos, hurga en las declaraciones de los presuntos delincuentes, violenta la inventiva criminalogista de su cerebro; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para disculpar con el pretexto legal los errores sociales; para matar con el derecho escrito el derecho natural; para ser respetados y temidos los caprichos de los déspotas; para presentar siempre a los ojos de los hombres la espantable cabeza de medusa en el estrado de la justicia.

Escuchando pasa el esbirro junto a las puertas, sus ojillos inquietan por las rendijas, estudian los semblantes tratando de adivinar el rasgo característico de la rebeldía, sus oídos se alargan tratando de percibir todos los ruidos inquietantes para el despotismo; se disfrazan, pero no se oculta; el esbirro tiene un olor propio que lo denuncia; tan pronto es gusano como es una serpiente; se agita, se retuerce, se escurre por entre la multitud queriendo leer los pensamientos, se pega a las paredes como si quisiera chupar los secretos que guardan; golpea, mata, encadena; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que los opresores tengan tranquilidad en sus palacios, erigidos sobre miserias y esclavitudes; para que la humanidad no piense, no se enderece, ni marche a la emancipación.

Señalando al cielo con un dedo simoníaco y deletreando páginas de absurdos libros, corre el sacerdote a casa de la ignorancia; predica la caridad y se enriquece en el despojo; habla mentira en nombre de la verdad; reza y engaña; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para embrutecer a los pueblos y dividirse con los déspotas la propiedad de la tierra.

Y, obscuro y pensativo, el revolucionario medita; se inclina sobre un papel cualquiera y escribe frases fuertes que hieren, que sacuden, que vibran como clarines de tempestad; vaga, y enciende con la llama de su verbo las conciencias apagadas, siembra rebeldías y descontentos; forja armas de libertad con el hierro de las cadenas que despedaza; inquieto, atraviesa las multitudes llevándoles la idea y la esperanza; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que el labrador disfrute del producto de sus cuidados, y el minero, sin sacrificar la vida, tenga pan abundante; para que la humilde costurera cosa vestidos para ella y goce también de las dulzuras de la vida; para que el amor sea el sentimiento que, ennobleciendo y perpetuando a la especie, una a dos seres libres; para que ni el rey de la industria, ni el juez, ni el esbirro pasen la existencia trabajando para el mal de los hombres; para que el sacerdote y la prostituta desaparezcan; para que la tiranía, el despotismo y la ignorancia mueran; para que la justicia

La rebeldía del proletario obscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en su cerebro.

En el fondo de las tinieblas toman forma los seres y empiezan las palpitations de la vida.

En el vientre del surco la simiente germina.

La obscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la obscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos.

Regeneración N° 4 del 24 de Septiembre de 1910. Los Angeles, California.

DULCE PAZ

La Prensa de México habla de sucesos sangrientos ocurridos en la celebración del Centenario. Refiere disolución de manifestaciones pacíficas a caballazos, encarcelamientos en masa, asesinatos de hombres indefensos y mujeres inermes, niños errando por los bosques, llenos de hambre y de terror; casas abandonadas, frías, desiertas, porque en ellas ha penetrado la terrible escoba del terror oficial; bandas rurales entrando a los pueblos sorprendidos al galope de sus caballos disparando sus armas sobre el tendero que se hallaba tranquilamente a la puerta de su tienda, sobre la pobre fondista que aguardaba parroquianos, sobre todo el que no tuvo tiempo de ocultarse al escuchar el tropel de los asesinos; cuerpos desfigurados a machetazos y abandonados en las alcobas asaltadas a media noche por los esbirros; mujeres poniendo en huida vergonzosa, con las piedras arrancadas del camino, a los soldados del tirano, que se alejan para vengar su derrota en el primer viandante que tiene la desgracia de tropezar con ellos; el cuerpo de una mujer clareado por las balas, sirviendo de alimento a los perros trashámbridos y vagabundos ... Todo en pleno Centenario de la Independencia.

La policía de la Capital pisotea a los manifestantes, golpea con sus sables todo lo que tienen delante, no importa el sexo ni la edad; arrea a la cárcel a mujeres y hombres, rechaza brutalmente fuera de los lugares aristocráticos al pueblo harapiento. La soldadesca de Tlaxcala siembra la muerte y la desolación sacrificando en la matanza a hombres, a mujeres y a niños.

Ya no es México esa porción de tierra que limitan el Bravo y el Suchiate; es la Compañía de los Borgia, escarbada y convertida en lodazales rojizos y hediondos. México ha tenido brutales tiranos que han vendido sus territorios; que han fusilado en tiempo de guerra a los filósofos y a los pensadores; que han sacrificado a médicos y heridos en los hospitales; que han robado, encarcelado, matado sin freno, pero ninguno como el despotismo actual se ha caracterizado como verdugo de niños y mujeres.

Los sacerdotes de la paz servil tendieron sus impuras manos sobre las multitudes, e hicieron que las frentes se envilecieran en el polvo de la sumisión, y las rodillas, trémulas de cobardía, se hincaran en la tierra, prostituidas por el crimen. La barbarie paseó altanera y engreída su bandera de exterminio sobre el rebaño mustio, todo se sacrificó en aras del mito: dignidad, derechos, libertad, el pan de los hijos, la castidad de las mujeres, la conciencia humana, el porvenir de la raza, el recuerdo de los antepasados indómitos y batalladores, el pensamiento, motor y riel para el progreso y la civilización. El cubo nacional tuvo un altar inmenso, y el ídolo, groseramente pintarrajeado exigió millares de víctimas, ya no cogidas como antaño en los campos de batalla, sino en los talleres, en las minas, en las fábricas, en las haciendas, en el rincón de sus cabañas. El canto de las nuevas liturgias es la combinación de siniestros ruidos que se anudan unos a otros en el extremo de sus ecos; la plegaria, el lamento, el silbido del látigo, el crujimiento de los huesos triturados por la herradura de los caballos, el rechinar de las puertas de los presidios, la maldición del sicario, la caída de los cuerpos en las aguas del mar, el chisporroteo de las rancherías incendiadas, el paso cauteloso del espía, el cuchicheo del denunciante, la risa del catesano, el clamor de la adulación, el lloro de los pequeñuelos y el murmullo monótono de oraciones estúpidas ...

Paz dulce, paz divina. Adoremos la paz. *Conservemos la paz al precio de la tranquilidad, de los*

afectos más queridos y aun de la misma vida, han sido las palabras que abyectos labios han pronunciado, sin cesar, al oído del pueblo sacrificado, ensordeciéndolo, destruyéndolo para que no escuche la voz del rebelde iconoclasta que rasga el espacio buscando oídos viriles. Gimió Cananea con la afrenta, el asesinato y el robo; gritó Acayucan con épico y desafiador acento; apostrofó Río Blanco en el martirio; rujieron Viesca, Las Vacas y Palomas; hablaron Tehuiztingo, Tepames y Velardeña, Ulúa y Belén bostezaron como bestias ahitas; el Yaqui lanzó alaridos de agonía; el Valle Nacional se irguió como un espectro sangriento; Valladolid levantó trágicamente el puño y... el pasivismo nacional permaneció de rodillas. Niños y mujeres perecieron en Sonora; niños y mujeres han muerto en Veracruz y Tlaxcala; niños y mujeres, sangrantes las espaldas, entristecidos los rostros, enflaquecidos los miembros, viven esclavos y prisioneros en Yucatán y las Islas Marías y... tenemos paz, dulce paz, divina paz, comprada con el martirio de los seres que defender debíamos con nuestras vidas que son una vergüenza en la esclavitud.

Regeneración, N° 5 del 1° de Octubre de 1910. Los Angeles, California.

IMPULSEMOS LA ENSEÑANZA RACIONALISTA

Próximamente hará un año que Francisco Ferrer murió asesinado por los enemigos de la civilización en el interior del fuerte de Montjuich, en Barcelona. Las escuelas racionalistas fundadas por él cerraron sus cátedras obedeciendo la imposición brutal del Gobierno español, y sus libros, fuentes de ideas y conocimientos sanos, ardieron en las hogueras encendidas por los seides fanáticos del error. Sólo pocos ejemplares se salvaron, y de ellos algunos permanecen guardados por nuestro cariño, esperando la posibilidad de hacer nuevas ediciones para dotar las escuelas obreras que ya empiezan a formarse a impulso y deseo de varios grupos de trabajadores mexicanos.

Cuando tuve noticia del crimen de Montjuich, me invadió un gran deseo de protestar, pero no en la forma declamatoria que a fuerza de tanto repetirse a cada atentado del despotismo se ha hecho inútil, pudiendo considerársele como el enfurecimiento de la espuma contra el granito, sino con algo que fuera en vez del verbo, de la protesta, la acción de ella. Propuse entonces a los trabajadores de raza mexicana el establecimiento de escuelas y la formación de pequeñas bibliotecas racionalistas, con nuestros propios elementos, que son bien escasos, pero no del todo ineficaces para ir poco a poco desarrollando un sistema de educación libre para nuestros pequeños, y para nosotros mismos. Mi propuesta fue aceptada por algunos grupos que han estado trabajando para realizar la idea, luchando continuamente con las dificultades de la miseria y con la carencia de libros apropiados para las escuelas, pues que, como es sabido, las obras editadas por la Escuela Moderna de Barcelona, fueron quemadas por mandato de los necios gobernantes españoles. Existen ya varias bibliotecas que cuentan con pocos, pero excelentes volúmenes formadas colectivamente por grupos de trabajadores de la Liga Panamericana, verdaderos centros de estudios sociales donde se discute el libro que se lee y establece con el cambio de ideas de fraternidad sólida y duradera, producto de la desaparición de los viejos prejuicios que se ahogan en el nuevo ambiente; van cada día en progreso, aumentando el número de compañeros que las visitan y el de los libros que se compran por el que tiene la posibilidad de hacerlo.

Las escuelas, desgraciadamente no han podido establecerse completamente sobre el plan moderno: faltan libros y maestros.

Me ocurre un medio de resolver la cuestión ahora que se acerca el aniversario del asesinato de Ferrer, que muchos amigos de su obra piensan celebrar con manifestaciones de protesta y otros actos de simpatía. ¿Por qué no celebramos los trabajadores mexicanos ese aniversario haciendo un esfuerzo en pro de las escuelas modernas? Eso sería la mejor protesta, la más lógica, la más consciente, la más efectiva. No se necesitan ni gritos ni amenazas, simplemente ac-

ción, acción inmediata, constante, para que nuestra protesta llegue al corazón del despotismo y sea en él veneno saludable que le acorta los días. En muchos lugares de los Estados Unidos, los trabajadores mexicanos pagan lo que aquí se llama school taxes para que sus hijos reciban educación en las escuelas oficiales; en otros tienen escuelas propias donde se siguen métodos antiguos que perjudican más que instruyen a la niñez, y en otros, a pesar de ser numeroso el elemento mexicano, no hay escuela para sus niños, que son arrojados de los planteles blancos por no tener la piel descolorida. ¿Por qué no fundar y sostener escuelas nuestras donde aprendan los niños a ser buenos y libres al mismo tiempo que saborean los deleites de la ciencia?

Con lo mismo que se paga al gobierno para escuelas que muy poco enseñan, lo que se gasta en las escuelas particulares establecidas con el antiguo régimen y si es necesario, con un pequeño sacrificio más, puede hacerse nueva edición de las obras editadas por la Escuela Moderna de Barcelona y traerse algunos educadores de los que la persecución ha hecho salir de España, y así quedarán vencidas las dos dificultades principales para el nacimiento de la enseñanza racionalista en América.

En Nueva York, el grupo Solidaridad Obrera y su órgano Cultura Proletaria, trabajando con algunos intelectuales avanzados, tratan igualmente de hacer algo práctico, en idéntico sentido; pero, como nosotros, parece que no andan muy abundosos de recursos monetarios.

Bueno es que aquellos compañeros y los del sur se pongan de acuerdo para hacer obra rápida y seria de propósito común que nuestros afectos por Ferrer no degeneren en lirismos y fantasías de idólatras; su obra está en manos de los que amamos la libertad; continuándola, protestamos contra sus verdugos y herimos directamente al despotismo.

Que nuestros niños tengan el pan intelectual que vigoriza los cerebros y no la comida indigesta que los debilita.

La educación libre asegurará las victorias que contenga la revolución armada.

Convirtamos en profecía cumplida la última exclamación del mártir de Montjuich. Hagamos vivir la Escuela Moderna.

Regeneración, N° 5 del 1° de Octubre de 1910. Los Angeles, California.

TRABAJANDO

Sobre el barbecho que reverbera por los rayos del sol, tostado el cutis por la inclemencia de la intemperie, con los pies y las manos agrietados, el labrador trabaja; va y viene sobre el surco; el alba le halla en pie y cuando la noche llega, todavía empuña la herramienta y trabaja, trabaja ¿Para qué trabaja? Para llenar graneros que no son suyos; para amontonar subsistencias que se pudren en espera de una carestía, mientras el labrador y su familia apenas comen; para adquirir deudas que lo atan a los pies del amo, deudas que pasarán sobre las generaciones de sus descendientes; para poder vegetar unos cuantos años y producir siervos que labren cuando él muera los campos que consumieron su vida y dar a la bestialidad de sus explotadores algunos juguetes femeninos.

Sudoroso y jadeante en el húmedo fondo de la mina se debate contra la roca un hombre que vive acariciado por la muerte, a la cual se parece con la palidez del rostro, martillea y dinamita; trabaja con los reumas filtrándose a través de sus tejidos y la tisis bordando sus mortales arabescos en las blanduras de sus pulmones sofocados. Trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que algunos entes vanidosos se doren los trajes y las habitaciones; para llenar cajas de sordidos avaros; para cambiar la piel por unos cuantos discos metálicos fabricados con las piedras que él ha hecho salir a la superficie a toneladas; para morir joven y abandonar en la miseria a los hijos queridos.

En destartalada casucha, sentada en humilde silla, una mujer cose. Ha comido mal, pero cose sin descanso, cuando otros salen de paseo ella cose; cuando otros duermen, ella cose; huye el día y a la luz de una lámpara sigue cosiendo y poco a poco su pecho se hunde y sus ojos necesi-